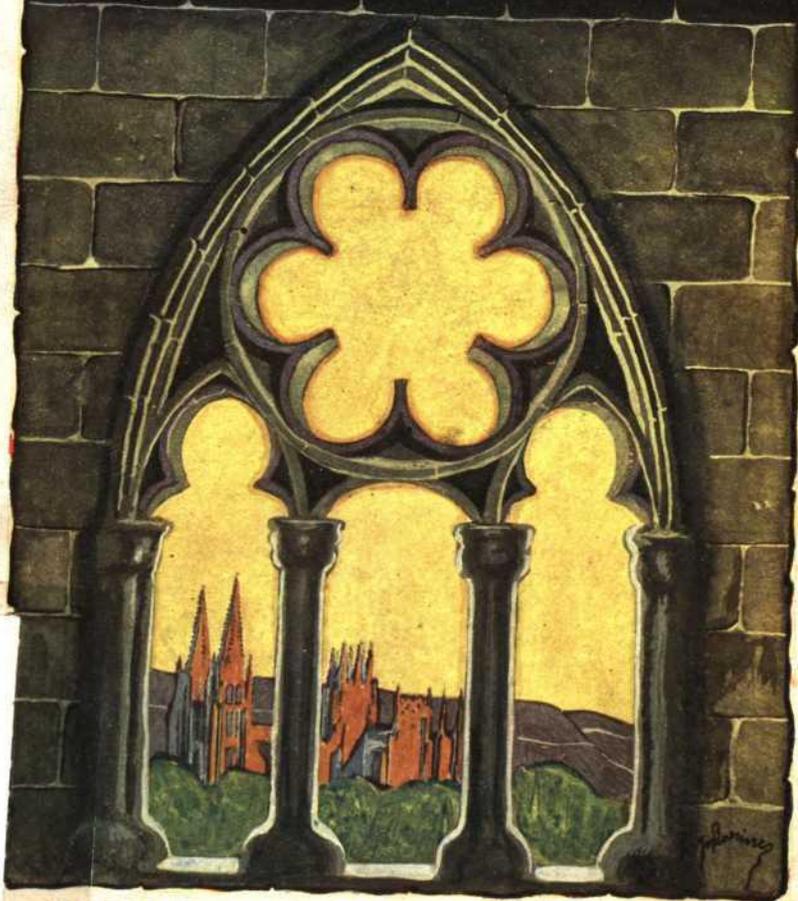
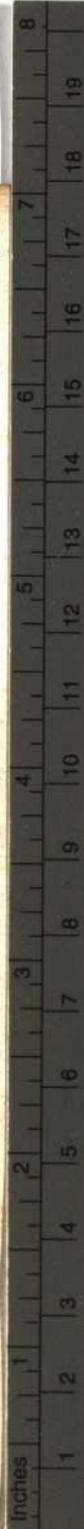


ANTONIO MARTINEZ DEL CAMPO
EL ALMA DE LA
VIEJA CIUDAD

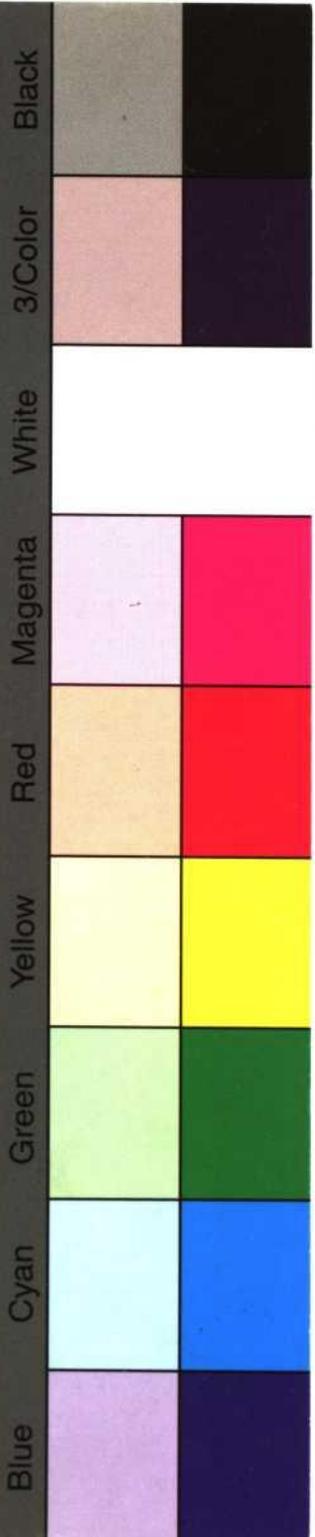


LIBRERÍA Y EDITORIAL RIVADENEYRA



TIFFEN® Color Control Patches

© The Tiffen Company, 2007





J 50

DGCL

A

EL ALMA DE LA VIEJA CIUDAD

OBRAS

DE

ANTONIO MARTÍNEZ DEL CAMPO

DERECHO:

El problema de la Delincuencia.

Libertad condicional: su fundamento, legislación
y resultados.

Derechos pasivos de los Relatores.—Secretarios
de las Audiencias.

SOCIOLOGÍA:

Estudio histórico-filosófico sobre el sindicalismo
obrero. (*Premiada por la Real Academia de Ju-
risprudencia y Legislación.*)

LITERATURA:

Retazos de la Vida.

El alma de la Vieja Ciudad.

EN PREPARACIÓN

La amargura de un dulce recuerdo. (Novela.)

ANTONIO MARTINEZ DEL CAMPO

EL ALMA DE LA VIEJA CIUDAD



MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, núm. 20.
1922

R. 35256

COTA 43.288

C.B. 1058.279

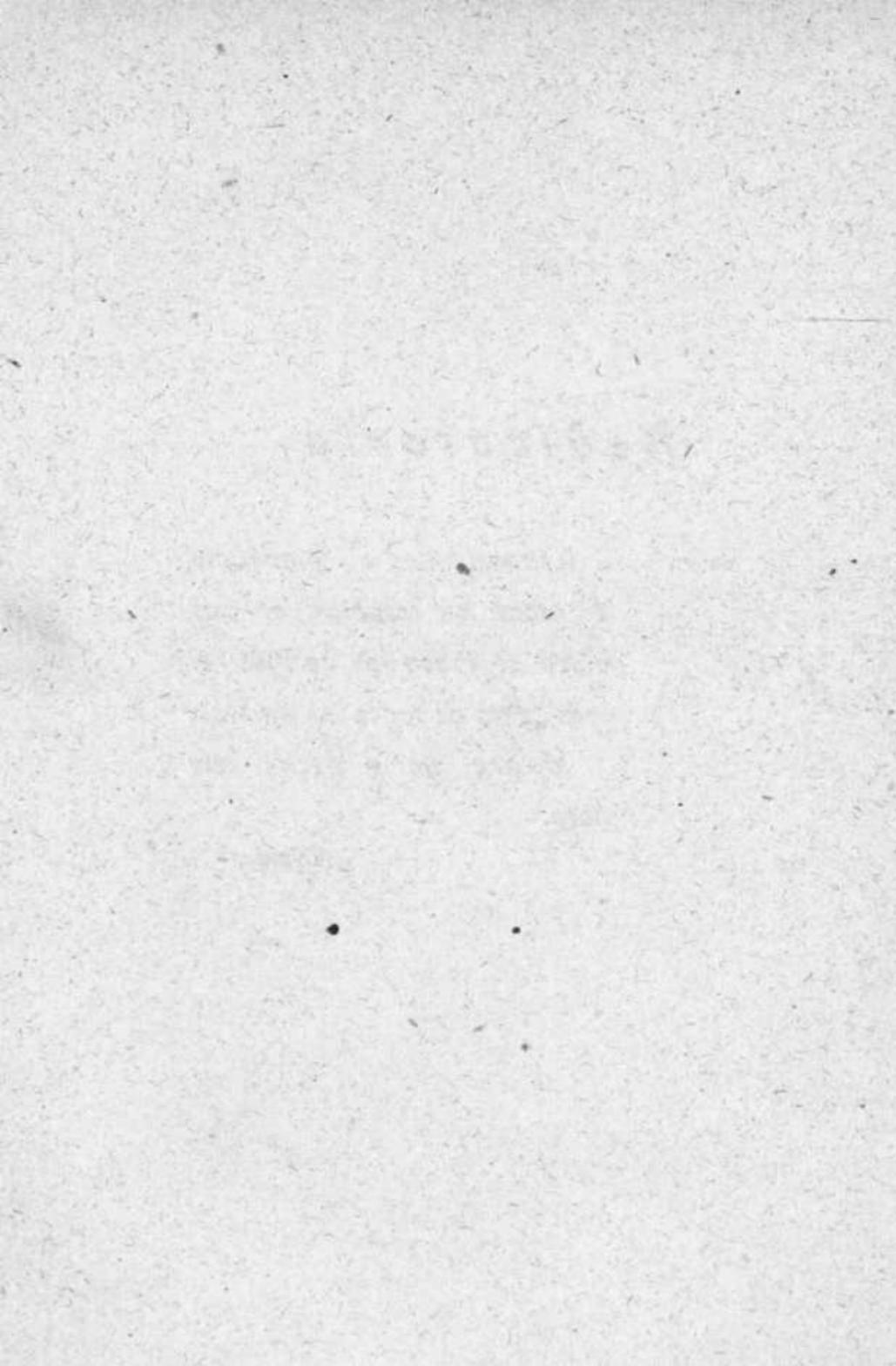
ES PROPIEDAD

Dedicatoria.

*Una madre es el compendio
de todos los respetos; el más
dulce de todos los cariños; el
más santo de todos los amores.*

*Madre, yo te dedico este
libro.*

Antonio.



LA VISIÓN DE UN PROFANO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



Fos conceptos de lo justo, de lo bueno, de verdad y de belleza, son innatos en el hombre. Todo ser humano, lo mismo el de extensa cultura que el de más rudimentaria educación, lleva dentro de su alma la noción estética de lo bello. Nuestro espíritu se recrea ante una fantástica puesta de sol, que con sus diversas y combinadas tonalidades asombra, en ese momento crítico de placidez y ternura de la Naturaleza, que parece un parpadeo entre la diáfana claridad del día y el misterio de la noche; nuestra vista goza sublimes placeres íntimos al contemplar las bellezas de una obra de arte; nuestro ser vi-

bra sentimentalmente ante la dulce mirada de unos lindos ojos soñadores...

Regalo sublime que la Naturaleza prodigó, para elevar a los mortales en alas de un ideal por las regiones del ensueño, y de cuyas gratas sensaciones podemos gustar graciosamente..., si es que a alguno de nuestros perspicaces financieros no se le ocurre hacerlo objeto de gravamen, con cualquier flamante tributo.

Dotado, pues, como humano el que esto escribe, de aquella preciosa facultad de poder admirar lo bello, gusta de gozar de esas emociones estéticas indefinibles; de esa suave placidez que embarga el ánimo al contemplar la obra de arte, producto de la imaginación y de la fantasía; de esa vibración del alma y del cuerpo al mismo tiempo que, como síntesis de todas las emociones, produce el calofrío de lo sublime.

Pero al autor de estas líneas no le basta con esto; tiene la manía—y aquí reconoce su pecado—de escribir sus impresiones. Le domina como una imperiosa necesidad de exteriorizar sus sentimientos íntimos, de expansionar su pensamiento; después de la contemplación de monumentos artísticos que, por su grandeza, emocionan y atraen; y claro es que, careciendo de la preparación profunda que para la crítica y aun para el comentario de las obras bellas se requiere, su labor tiene que ser la de un mediano aficionado que se deleita ante la vista de la obra artística, y que al traducir sus observaciones al lenguaje escrito, deja volar su pobre fantasía por las regiones puras del ideal.

Eso es el presente libro: una serie de observaciones sobre aspectos diversos de algunos monumentos burgaleses; sobre el ambiente de esta vieja ciudad

castellana, que es la población de España de más riqueza artística, y que aunque no lo fuera, yo lo diría.

A ello me arrastra el cariño a la tierra donde vi la luz primera. Donde me encadenan los afectos y la tradición, que en un día de ilusión política—ya algo lejanos—me llevaron a pretender continuar una representación popular que ostentaron mis antepasados; y de lo equivocado de mi aspiración me hube de desengañar al negarme su confianza mis paisanos... o los caciques que los mangonean. No anidó por ello en mi pecho el menor asomo de molestia hacia mi patria chica; antes al contrario, creo sinceramente que obró con acierto, pues ella saldría beneficiada, y a mí, al *retirarme* de las andanzas políticas, me hizo un inmenso favor, que fué un motivo más para que se avivara esa simpatía amorosa que inspiran los

lugares de las gratas y tristes añoranzas; ese sentimiento de atracción hacia el "terruño" que nos hace recordar sentimentalmente en la lejanía de la ausencia, el rinconcito de nuestros primeros juegos; el monótono sonsonete de las campanas de la Catedral, "ya vendrán..., ya vendrán..."

Por eso, qué contento al pisar el polvo blanquecino, harinoso, de sus caminos, que encierran lejanos recuerdos; al atravesar el río, río que divide en dos mitades la población y que acuesta en su ancho lecho un tortuoso y tenue hilillo de plata, agua cristalina que viene de muy lejos, que bajó rebotando las peñas de la sierra y que aquí se pierde, se estanca. Del mismo modo que las impetuosas ideas que el soplo de la inteligencia arrastra desde países lejanos, se detiene en este remanso de ciudad dormida... Desde uno de sus puen-

tes se divisa otro y otro... y varios, brotando agua de sus ojos como de los de estas bellas provincianitas que esperan en su soledad la llegada del doncel que ha de libertarlas. ¡Ciudad de los puentes!; ellos ponen en comunicación tu pasado y tu futuro. A tu derecha la Catedral, la tradición; a la izquierda el ferrocarril, el progreso. ¡Qué ingenua satisfacción de tranquilidad al oír el taconeo sobre las losas, en el silencio de la calle solitaria! ¡Cómo temple el cuerpo y el espíritu la caricia del viento fino, limpio, sutil, con aromas de jarras, de romero, de tomillo! Entre golpe de campana y toque de corneta pasa un sacerdote con sus manteos negros flotando al aire, y un imberbe oficial del ejército, con pantalón rojo, que mira impaciente hacia un balcón entreabierto... Un viejo que todos conocen y todos respetan, pasea por unos soporta-

les sombríos. Por el recuadro de una portada sale envuelto con un vaho pesado de olor a tabaco, el chasquido de una ficha golpeando sobre la mesa de mármol: ruido de dominó de que hablara el maestro Unamuno.

En los días grises, cenicientos, del crudo invierno, un labriego de cabellos blancos, envuelto en una capa parda y con sus zapatones enlodados, entra presuroso en la ciudad a buscar el medicamento que ha de salvar la vida del ser querido; en los serenos crepúsculos estivales, el zagal, chaqueta al hombro y a horcajadas de una bestia cansina, atraviesa sus calles de vuelta del trabajo, confundándose su alegre cántico, canto de juventud, de vida, con el cascabeleo de la muleta que le conduce... En distintos lugares de la vieja cabeza de Castilla, monumentos maravillosos, edificios históricos, caserones

antiguos, que se contemplan con emoción y cuyas piedras nos hablan de hechos heroicos, de tradiciones gloriosas, de leyendas, tal vez mentirosas pero que nos subyugan, nos deleitan o nos engañan a conciencia de su falsedad, y por las que gustosamente dejamos ser engañados. Nos convence la elocuencia muda de estas piedras que, a carecer de otro mérito, tendrían el muy apreciable de haber sido testigos de las virtudes y vicios de varias generaciones. Es la vida, en todo momento, el punto de contacto entre el recuerdo de un afecto y el ansia de una esperanza. Estas peñas labradas llenan de recuerdos nuestro corazón; nuestro espíritu vuela hacia un porvenir risueño de mejoramiento y perfección... ¡Qué mansa quietud espiritual al pasear bajo las místicas naves del maravilloso Templo

Metropolitano! Un ambiente frío aromado por el incienso envuelve nuestro cuerpo. Finísimos encajes de piedra nos sirven de monumental palio. Unos rayos de luz que vienen de muy lejos atraviesan oblicuos los artísticos ventanales. Sombras de gigante proyectan las esbeltas columnas que sustentan la santa mansión. Parpadean unas lucecitas en un altar escondido... Se oye el bishiseo de una mujer que, arrodillada, reza... ¡Qué sano placer físico recorrer las frondosas arboledas burgalesas y oír los murmullos del ramaje sacudidos por el cierzo: lamentos de una tierra que llora...!

Ambiente suave, tranquilo, de vieja ciudad castellana, plétórica de manifestaciones de arte que revelan el alma de una raza que fué romántica y supo tener grandes ideales, que cuando se



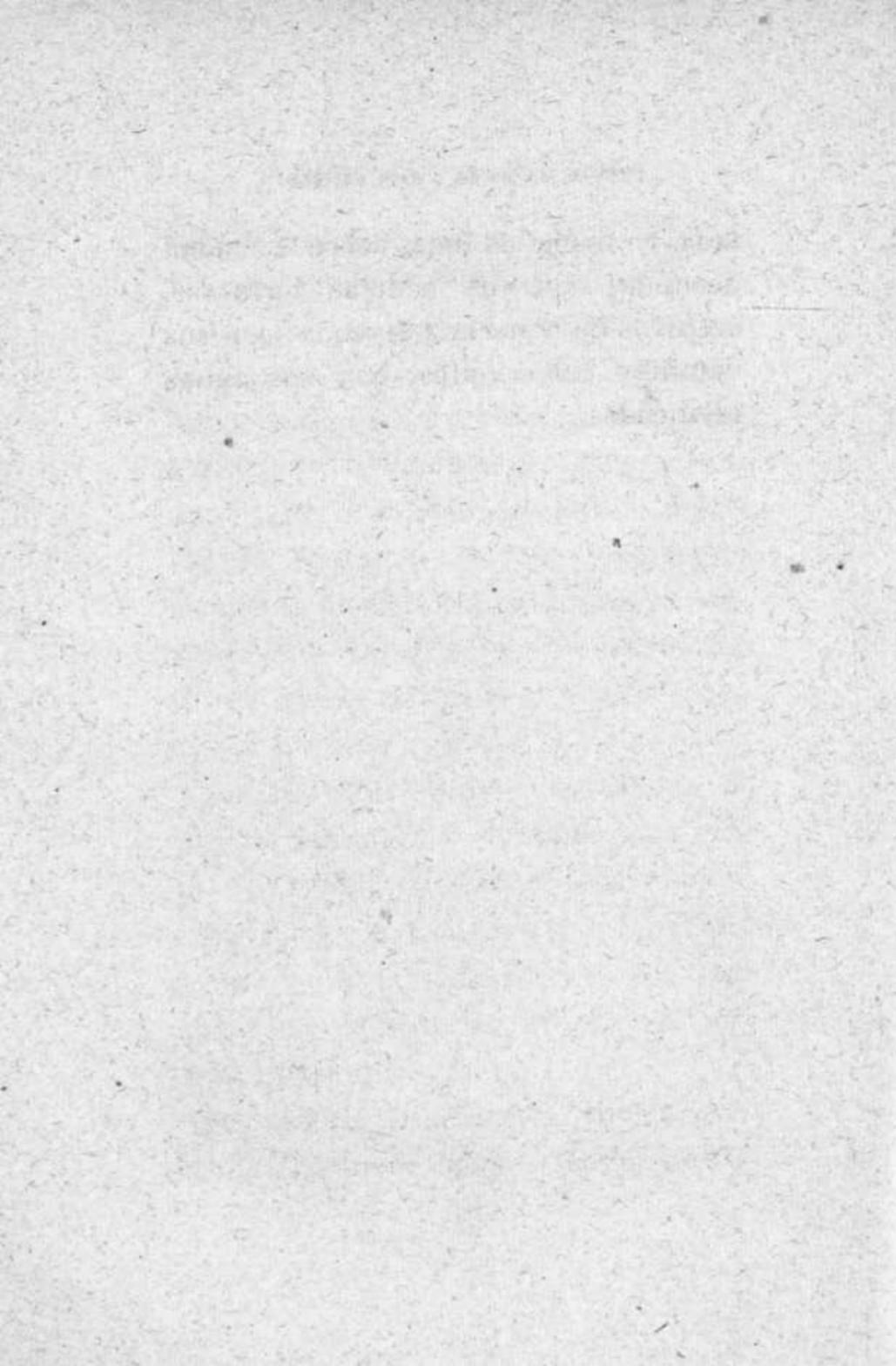
inspiraban en la religión le movían a levantar esta Catedral, en la que el arte se muestra en toda su esplendorosa riqueza, o si se fundaban en móviles políticos le llevaban a derramar su sangre por la reivindicación de un derecho o la conquista de una libertad. ¡Epoca feliz para el espíritu en que encendía el ideal la llama de los corazones! ¡Qué desagradable contraste con nuestros días, en que el motor de los actos es un estómago empobrecido!

Sentimental ciudad castellana, de piedras labradas y campanas plañideras; de calles solitarias y pensamientos encadenados a tradiciones y leyendas; de paz y silencios misteriosos, sólo rasgados por las notas de la copla o el piar de los pájaros...

Así quiero yo a Burgos: con la sombra de las torres de su Catedral proyec-

EL ALMA DE LA VIEJA CIUDAD

tada, en noche de luna, sobre la ciudad dormida; con sus callejas tortuosas, archivos de historia y leyenda; con sus caminos polvorientos; con sus aguas estancada3...



2

POR LAS ALTURAS





A blancura del enlosado del pórtico de la Catedral, recibiendo de plano los rayos de un sol del mes de agosto, hiere mis ojos, deslumbrándolos momentáneamente.

Al traspasar los dinteles de la enorme puerta que da entrada al interior, mi vista parece cegar por el contraste con la claridad de fuera, y la penumbra hace que sólo distinga sombras fantásticas, que poco a poco van dibujándose más, hasta llegar a encajar en los diversos objetos. Un ambiente de frialdad, como si me embozase en una sábana húmeda, envuelve mi cuerpo, al mismo tiempo que percibo el clási-

co olor a humedad e incienso, propio de los grandes edificios de piedra dedicados al culto divino.

El eco repite varias veces las notas arrancadas de los tubos de un órgano lejano, y las voces femeniles de los niños de coro, apagadas por la distancia, contrastan con las hombrunas de los bajos y barítonos cantores. Por los ventanales penetran oblicuamente los rayos de sol, que perdiendo su brillantez semejan a unas tiras de gasa tendidas hasta el suelo, donde terminan en un círculo de plata.

Mi visita al grandioso templo, ésta motivada por el deseo de llegar a las torres para admirar las bellezas arquitectónicas que desde tierra no se perciben; para contemplar el panorama de la hermosa vega burgalesa; y..., por qué no decirlo, para sentir la sensación de lo elevado, el vértigo de la altura. Es

condición humana el anhelo de dominio, y el que no puede dominar pueblos o muchedumbres, se apasiona dominando distancias. Es cuestión acomodaticia.

A la derecha, una abertura labrada en la piedra, por la que apenas puede penetrar una persona, da entrada a un estrecho recinto de obscuridad de caverna. Titubeo un momento y me decido a empezar el ascenso.

Unas escaleras de piedra alrededor de un eje, como el varillaje de un abanico, desgastadas por el uso durante siglos, están encerradas en un tubo también de piedra, contra cuyas paredes rozan constantemente mis brazos.

De cuando en cuando, pequeñas aberturas en el muro, como troneras, dejan penetrar algún rayo de luz que alumbrá tres o cuatro escalones y permite leer las inscripciones grabadas en

la pared en distintos idiomas, por visitantes que consideran aquel lugar único seguro para que perdure algo de su personalidad buen número de siglos y no encuentran mejor medio de que su nombre se perpetúe a través de los tiempos... Después..., otra vez la obscuridad más absoluta.

Empiezo a sentir los efectos del cansancio, cuando descubro una puerta que da acceso a un pequeño local de alta bóveda. Delante de un trinquete con cadenas y rodeado de colgantes cables, se encuentra el campanero; un buen hombre que se sabe de carrerilla la historia de la Catedral, con curiosos datos sobre la misma, y que posee no pocos conocimientos de arquitectura. A cambio de haber dado a la patria diez y ocho ciudadanos, percibe—a pesar de vivir tan elevado—un mísero salario, que ni aun mejorado con lo que le pro-

porciona el continuo remendar zapatos, en los ratos que le deja su oficio, es lo suficiente para llevar una existencia precaria. El bondadoso campanero es un antípoda de las teorías demasiado modernistas que en ciertos casos buscan un límite a la procreación.

Continúo mi viaje ascensional, sintiendo ya la noción del emparedamiento, por la estrechez cada vez mayor de la escalera, hasta que los muros llegan a reunirse en un punto en forma de embudo, y veo una pequeña puerta que da salida a un corredor exterior.

La opresión y la fatiga cesan al penetrar en mis pulmones a bocanadas el vientecillo limpio de la mañana.

Mi vista descubre, por la proximidad, una riqueza inmensa de detalles arquitectónicos, que desde abajo se hacen invisibles. Airosas gárgolas con las

líneas un tanto difuminadas por los azotes de los agentes atmosféricos. Delicadas grecas talladas como sobre madera. Imágenes bajo artísticos doseletes. Figuras mitológicas de contornos puros, con su cara y sus garras hechas a cincel. Guirnaldas de hojas con sus nervios fácilmente perceptibles..., y toda esta belleza dejando hueco a las elegantes líneas de los arcos góticos...

En el centro del corredor, ocho estatuas de santos o reyes, pero seguramente de personajes, sorprenden por su tamaño. Con ellas pasa lo contrario que con los políticos, que cuanto más cerca se les ve, más pequeños parecen.

Dentro de las torres, un bosque de hierro sirve de sostén a las campanas, como si fueran inmensas muletas. Debajo de alguna de ellas podría comer una familia con todo desahogo. Al mirar hacia arriba me produce cierto pá-

nico pensar que si de improviso se desprendiese de su apoyo, quedaría encerrado entre sus paredes de cobre como en una ratonera.

También las campanas tienen sus nombres, como tienen sus sentimientos: la *Asunción*, las *Tectas*, las *Mauricias*... ¡Cuántas generaciones habréis despertado después de una noche apacible, y a cuantas otras habréis dormido con vuestro arrullo para el sueño eterno!

Aún subo un poco más, hasta llegar por una escalera de hierro al lugar más alto accesible. Allá arriba sólo queda la punta de la flecha de la torre.

Miro hacia mis pies y la impresión del vacío me produce el efecto de que se mueve la base que me sustenta. La tierra parece más lejos que el cielo. Me emociona el atrevimiento de esta obra

y veo en ella a la piedad humana queriendo acercarse a la gracia divina.

Desde el interior de esta gran pirámide de piedra transparente, semejante a la famosa filigrana de los objetos portugueses y salmantinos, y sólo comparable a finísimo encaje bordado por manos de hadas, mi vista se recrea contemplando por entre los calados la esbeltez de líneas del crucero, sus artísticos ventanales y sus maravillosos altorelieves, que ponen de manifiesto el límite a que puede llegar la perfección de la obra humana.

Por el otro lado, y a los pies de la Catedral, la ciudad, con sus calles tortuosas y sus tejados pardos. De trecho en trecho algún edificio que se destaca sobre los demás y que sirve de albergue a alguna comunidad religiosa o a cualquier representación del Poder público.

Una gran arboleda, cuyo principio y

fin se borra en el horizonte, indica el curso de un río anémico, pero que da vida a una vegetación exuberante y divide la población en dos mitades.

Más allá, los campos de Castilla, ligeramente ondulados. En algún repliegue del terreno, un grupo de árboles, como un oasis, revela la existencia de un pueblecito. La propiedad dividida, casi hasta el infinito, da a la tierra el aspecto de un mosaico de diferentes colores. El verde de sus prados, cual tapete de mesa de juego. El color oscuro de la tierra arcillosa que descansa, como grandes libras de chocolate... Y luego trigos y más trigos, condenados a no recibir más beneficios de la naturaleza que las gotas del sudor del labriego o los diamantes del rocío de la mañana, que hacen producir el oro de sus espigas. Alguna carretera polvorienta, festoneada por una hilera de ár-

boles, cruza estos campos resquebrajados por el sol y las heladas... Y en el fondo, la Sierra, de color plomizo, velada por la distancia, pero recortando con línea firme un cielo de azul purísimo. El ambiente es tibio y diáfano. Nada turba esta tranquilidad que embriaga. La vida duerme...

Pero no; allí a lo lejos me parece oír el retumbar del cañón, y veo miles de hombres que se despedazan y sucumben en cruenta lucha... y gotas que no son de rocío, sino de plomo, que arrasan los campos... y puentes que saltan... y pueblos en ruinas; y me figuro a *mi* Catedral con sus torres derrumbadas y su claustro convertido en polvo, y sus naves y su crucero reducidos a escombros; y entonces, sin poderlo evitar, dos gruesas lágrimas brotan de mis ojos...

PAZ Y GUERRA





EN la revuelta del camino, mi vista descubre desde la altura, el mar de oro de los trigales. Como islas en medio del Océano, se destacan manchas grises que demuestran la existencia de miserables casas agrupadas alrededor de la Iglesia, cual paciente rebaño que descansa a los pies del pastor. Sus torres se elevan al cielo en súplica de protección... Unas cintas de acero que parecen dibujadas con tiralíneas y que brillan con los últimos destellos de un sol que muere, ofrecen camino seguro a enorme oruga que se arrastra con respirar fatigoso. Pequeños trozos que aún resisten a las fierezas del sol vera-

niego, conservando su verdor, indican el curso de un riachuelo o la existencia de un manantial donde beben, sedientos, los árboles solitarios en la reseca llanura. Parduzcos montículos, en cuya arista se levanta un castillete desmoronado, que en otro tiempo sirvió de telégrafo de señales, cortan el azul de un cielo puro y transparente...

La inmensa planicie castellana se extiende dormida, sin que desde la altura encuentre la vista obstáculos a su ambición de descubrir siempre nuevos horizontes...

Sobre este pedestal de tierra, madre de la nacionalidad española, descansa, severa y solemne, la Cartuja de Miraflores, que siglos y siglos contempla la quietud de estos campos, sólo alterada por la ventisca del invierno y el trueno retumbante de los meses estivales.

Una campana lanza al espacio sus

acompañados y vibrantes sonos, que empujados por el viento, van lejos, muy lejos, hasta perderse en el silencio...

Frondosa alameda forma el digno dosel que arranca de los mismos muros del monasterio, ennegrecidos por el tiempo.

En el pequeño atrio de la entrada, dos mendigos, sucios y andrajosos, extienden a mi paso sus manos negruzcas y grasientas. En la puerta me cruzo con un hombre y una mujer altos y rubios, ataviados con sencilla elegancia. Indudablemente son extranjeros. Las maravillas de nuestra patria no son visitadas por los españoles.

El patio que da paso a la iglesia confunde, por su variada estructura artística. Al mirar hacia uno de sus lados, protegido por pequeño claustro, olvido que me encuentro en la medula de Castilla y me creo transportado a uno de

los rincones más típicos del parque del Alcázar de Sevilla.

Los azulejos de colorines chillones y brillantes. Los asientos hechos con baldosines barnizados. En el centro, múltiples plantaciones constituyen espeso verjel, manchado por las gotas de sangre de los claveles y la nieve de las azucenas. De ellas brota la imagen de San Bruno, blanca y pequeña, como figura de tarta.

Al ruido de mis pisadas, cuyos golpes repite el eco acompasadamente, aparece como por encanto un fraile delgado, seco, de mirar apacible y luengas y lacias barbas de hilos de plata, que se confunden con la blancura de su ordinario hábito. Es el hermano Tarín, el portero del convento. Habla con sencillez y corrección, denotando una cultura que excede de la común de las gentes. En sus años juveniles ejer-

ció la carrera de abogado en Valencia. Llegó a adquirir gran renombre, mereciendo de cuantos le conocían exquisita consideración. ¿Qué causas le obligaron a retirarse de un mundo que tan brillante porvenir le brindaba? Es un misterio que se llevará a la tumba.

Una rápida ojeada al frontispicio de la iglesia, descubre detalles interesantes. Delicada greca tallada en la piedra sirve de orla a puerta antigua y artística. Sobre ésta, dos grandes escudos. Uno de Castilla la Vieja, que evoca épocas gloriosas para la historia de España, y otro del rey Juan II, de cuando los monarcas se preocupaban de legar a sus súbditos obras que honraran a ellos y a su patria.

El silencio en el interior del templo es absoluto. Proporciona la idea de la inexistencia. Sensación parecida a la que debe experimentarse en el interior

de una campana neumática. La mezcla de olor a humedad e incienso embriaga... Este aislamiento atrae con fuerza desconocida, como atrae el abismo o el paso de un tren...

La contemplación de las bellezas que encierra este museo de arte, distrae mi pensamiento de profundas cavilaciones.

Alta nave hace al templo grandioso. Esta sillería de los legos, de estilo de Renacimiento, con altorelieves de ángeles y santos, tallados por Bueras, es de una severa sencillez.

De trabajo mucho más delicado es el coro de los Padres, tallado por el carpintero Martín Sánchez. Dentro del estilo gótico puro, la fantasía del autor ideó las más variadas concepciones, ejecutadas con percepción inimitable. Cada silla ostenta dibujo diferente, a cual más bello y caprichoso. La made-

ra parece trabajada por manos de ángeles sobre materia moldeable.

Al fondo, un antíguisimo y hermoso retablo lleno de misterio y unción. Con símbolos están representados en él, hermosos pasajes de la religión de Cristo. Sobre el oro viejo de sus molduras se destaca un enorme crucifijo, debido, como toda la obra, a la ardiente imaginación de Siloe.

Al pie del altar mayor, un montón de espuma llama la atención por su sutilidad y su blancura. Es el sepulcro de Juan II y de su esposa Isabel de Portugal. Dicen que sus autores fueron Gil de Siloe y Diego de la Cruz, pero parece más bien labrado por el cincel de seres de las regiones de ensueño.

La fantasía humana es pobre y limitada para concebir tanta maravilla. Numerosas escenas sagradas están representadas por figuras cinceladas con



sorprendente perfección; grecas vaciadas en el mármol, como cristales de hielo próximo a fundirse; doseletes transparentes cual encajes, que cobijan diminutas estatuas de santos, transportados de la realidad..., y sobre esta riqueza artística, en posición de descansar, los cuerpos modelados de los monarcas, con sus coronas y sus mantos reales recamados.

La contemplación de cosa tan sublime hace vibrar con fuerza las fibras emotivas, y al reir mi vista por el placer inefable que experimento, pienso con tristeza en los pobrecitos ciegos...

El sepulcro del infante D. Alonso, adosado al muro y del mismo insuperable valor que el de sus padres, completa este museo, con tanta envidia admirado por otras naciones, que no han sabido sentir la necesidad de recrearse en el arte.

Ya fuera de la iglesia, en la sacristía, ocupa lugar preferente la imagen de San Bruno, notable obra escultórica del portugués Pereyra. Su autor realizó el milagro de dar vida a un tronco de madera. Porque este San Bruno vé, con mirada penetrante y llena de ternura. De un momento a otro romperá a hablar. El rostro parece recién rasurado...

Cuando poseído de profunda emoción por las bellezas contempladas, iba a dar por terminada mi visita, la pícarra curiosidad—que yo no se si es vicio o virtud—, que domina a la mayor parte de los mortales, me hace manifestar al procurador de la Orden, el P. García Villanueva, que amablemente me saluda, el deseo de ver la clausura, y, sobre todo, las célebres celdas de los cartujos, llenas de leyendas y fantasías como los cuentos de los niños.

¡Es tan interesante, para los que andamos por el mundo pecador, conocer de cerca la vida de las personas consagradas a Dios!

El buen Padre Procurador, tan simpático y tan robusto, a pesar de su vida de austeridad, se disculpa de acceder a mi pretensión con discretos rodeos, por acatar órdenes terminantes del Prior, pero en cambio me invita a tomar una copa de "Benedictino", a fin de endulzar sin duda mi disgusto.

Y como todos los asuntos se arreglan en este mundo comiendo o bebiendo, aunque él rehusara acompañarme en las libaciones por prohibírsele los estatutos, después de recrearme con su amena charla, se declaró vencido y pasamos a un claustro como el de todos los conventos, triste, sereno, apacible. El cerrar de una puerta retumba como sonoro cañonazo. Un último rayo de

sol deja sobre la pared blanquísima una mancha amarillenta. Un murciélago extiende sobre nuestras cabezas sus negruzcas alas de hule. La melancolía invade mi espíritu... Entramos en una celda que hoy está vacía.

Además de su huertecito triste, se compone de varios departamentos, modestos en exceso, pobres. En la planta baja, un pequeño recinto, con un banco de carpintero y varias herramientas abandonadas, que fueron utilizadas en los ratos de recreo.

Se gana el piso superior por unas escalerillas de mano y en él hay dos habitaciones todavía más reducidas. En una de ellas, sin luz ni ventilación, se alzan unas tablas y sobre ellas un jergón: me aseguran que es una cama. En la otra, una pequeña ventana proporciona la claridad suficiente para distinguir una tabla empotrada en la

pared, que hace de mesa. Aún conserva residuos de comida y en ella descansan varios libros de vidas de santos, de Filosofía, y Teología. Sobre un reclinatorio de tosca madera, un crucifijo y un libro de religión, que por encontrarse abierto, pude ver estaba escrito en francés. Pertenecía a un monje que, más por la lucha de partidos que de creencias, fué expulsado de Francia, su país, no hace mucho tiempo, y desde entonces había ocupado este refugio de misterio y de paz. En las páginas de aquel libro se escriben oraciones invocando al cielo auxilio para evitar las luchas de los hombres. Se pide protección para los débiles y piedad para los errores y ambiciones humanas...

Este libro está solitario y la celda vacía, porque al estallar la guerra europea, el cartujo que leía, a pesar de las advertencias de sus compañeros de

clausura, mostró decidido propósito de ir a defender su patria amenazada; aquel pedazo de su ser, que manos enemigas pretendían destruir. Pero esto no sucedería; él lo defendería con las uñas y los dientes. Estaba dispuesto a dar su vida...

Y así lo hizo, en efecto. Pocos meses después, el místico y medroso fraile, ya heroico guerrero, mordía y besaba la tierra de su patria, removida por los cascos de granada, y arrastrando por el polvo los colgajos de su carne ensangrentada, elevaba sus vidriosos ojos al cielo y exclamaba: "¡Señor, perdónanos a todos! ¡¡Viva Francia!!..."

... ..

Ya de noche, atravesaba yo la iglesia para regresar a Burgos. Todas sus bellezas habían sido borradas por las tinieblas. La débil luz de una lamparilla mortecina y parpadeante hacía re-

ANTONIO MARTÍNEZ DEL CAMPO

saltar a los blancos monjes, que se antojaban espectros. Fúnebre canturreo, como triste lamento que parecía salir de las entrañas de la tierra, zumbaba los oídos, y en el campo, una densa obscuridad cerraba el horizonte...

LA CIUDAD DORMIDA





Es la hora de la siesta. En el reloj de la Catedral acaban de sonar, majestuosa, acompasadamente, tres campanadas. Los rayos del sol canicular resbalan por las fachadas de las casas hasta rebotar en los ressecos guijarros del suelo, con un resplandor que hiere a la vista y quema el cuerpo. Una línea de luz, firme, segura, corta en el centro de la calle la estrecha faja de sombra, proyectada por muros sombríos que reflejan una obscuridad de tonalidad azulada, por lo intensa. Ninguna manifestación de vida quebranta un silencio de desierto. El ambiente opaco, pesado, obliga a la naturaleza, con imperioso mandato, a dormir, a soñar...

¡Calle fantástica, calle de misterio y ensueño! ¡Con tu gesto altivo, eres el último baluarte para rechazar un progreso que odias, que execras!

Sus líneas tortuosas revelan que el espíritu de rebeldía no es sólo de estos tiempos. Su soledad le da el aspecto de un triste rincón de ciudad abandonada.

A ambos lados se levantan vetustas edificaciones, antiguas mansiones señoriales. Un día fueron albergue de nobles y grandes. Quizá sus muros presenciaron lances caballerescos por intrigas o envidias—ya que éstos son defectos comunes a todas las clases sociales—o por la dama vecina de los bucles de oro; y verían impasibles cómo caía uno de los contendientes con el corazón atravesado por el florete, en nombre del honor, mientras los aleros de sus tejados se besaban amorosos...

Hoy ya no cobijan estos caserones,

burgaleses hidalgos, sino modestos obreros, tal vez socialistas. El lugar donde meditara algún título de Castilla, de los que honraron nuestras letras escribiendo romances y poemas, es ahora inmunda cuadra. ¡Quién sabe si detrás de las rejas en que se murmuraban endechas de romántico amor, con él se trafica!

Sólo las piedras, inmutables testigos de tanta epopeya gloriosa, conservan su dignidad y su nobleza a través del tiempo. La fachada seria, solemne, se encuentra taladrada por negros huecos. Uno enorme, la puerta, está rodeado por bellas guirnaldas y grecas de flores y ramas talladas con delicadeza. Autores anónimos pusieron en ellas su ciencia y su alma. Sobre el dintel descansa un escudo de rancios blasones, labrado con el mayor detalle y arte insuperable. Parece destinado a brindar pro-

tección a cuantos bajo él pasaran; pero yo me inclino a creer que fué colocado en sitio tan ostensible por un exceso de vanidad. Los balcones están encuadrados por cornisas artísticas, y los barandales, de gruesos barrotes de hierro, descansan en apoyos del mismo metal, cincelado. El jaramago se agarra con fuerza a las roñosas paredes, brotando de las piedras como repugnante erupción senil.

A continuación, con el ceño adusto, otro palacio de leyenda, y otro más antiguo, y otro... Este está destinado en la actualidad para depósito de carbones. En aquél hay establecida una taberna. En el de más allá, sobre detalles de gran mérito arquitectónico, aparecen colgados unos harapos destrozados y mugrientos; y todos ellos sucios, sus adornos desmoronados, como si hubieran sufrido los terribles efectos de

una invasión enemiga, aunque en realidad hayan permanecido bajo los cuidados de una protección tal vez de más desastrosos resultados.

La calle, gris por la pátina de los siglos, sigue solitaria y triste. Sólo después de un largo rato cruza una carreta dando tumbos por los baches de un primitivo empedrado. El rechinar de sus ruedas, como gemido de dolor, se confunde con el monótono cántico del gañán de camisa blanca y tez tostada. ¡Copla que es el suspiro de una raza!, ¿qué sentido querrá darte el zagalón: de resignación o de rebeldía?... Dos bueyes rubios, cachazudos y sudorosos, arrastran, con andar cansino, aquella montaña de dorada mies, que es la riqueza del pobre. En ella la amarilla espiga se besa con la amapola roja. De este beso nació la enseña de nuestra patria...

Vuelve un largo paréntesis de sordo silencio, que ahora es turbado por el sonar de una campana que, al despertarse de su sueño, se despereza, llamando galbanosamente a los canónigos a coro. Uno de éstos pasa con paso lento, repitiendo el eco sus pisadas. Es ancianito, de aspecto venerable. La nieve ha dejado en su cabeza la huella de los años. Sobre su larga nariz descansan unas gafas de oro. Lleva el manteo recogido debajo del brazo con cierta gracia, casi con coquetería. De un portalón salen unos chicuelos de pelos desgredados, mofletudos, coloradotes. Tienen la cara tiznada y de sus narices cuelgan dos lágrimas de cera. Cubren sus carnes con jirones de tela mugrienta. Se acercan al sacerdote y le besan la mano. Este les entrega una estampita y sigue su camino mansamente, poco a poco...

Al final de esta calle, que es relicario que guarda la esencia de una época de tradición gloriosa, perpetuando un divino arte que emociona, haciendo pensar y sentir, se encuentra una plazuela poética y triste, y en ella, una casita modesta, pero que es la que conmueve con más intensidad las fibras de mi corazón, porque fué de mi padre. Sus paredes me hablan con la elocuencia suprema que sólo sabe entender el sentimiento, ese privilegio concedido al ser racional como don precioso para sufrir y padecer. Ya no escucharé sabias advertencias ni paladearé las dulzuras de un hogar feliz. Huyeron de mí los afectos más suaves y blandos, las alegrías más puras, que tenían su reinado en escenas de inefable ternura... Lloro conmigo la casita blanca, porque el eco de sus muros no volverá a repetir más,

el dulce chasquido del beso santo de un padre.

... ..

Redoblan unos tambores que marcan el compás de una marcha guerrera. Sus repiqueteos suenan a destrucción. La ciudad dormida se estremece en su sueño. Como una alucinación, se le aparece la fiera humana, que ya no se sacia aniquilando vidas, que es algo efímero; quiere que desaparezca lo que nosotros creemos permanente, y arrasa pueblos... ¡Humanidad imbécil!, ¿por qué tanta prisa por matar o morir? Pronto se extinguirá vuestra vida, que no es más que un relámpago en la eternidad, y la Muerte, con sus descarnadas garras, cerrará vuestros ojos...

EL ALMA DEL PUEBLO





LA Catedral está alegre. La Catedral celebra su fiesta de centenario. Su divina silueta, cual la de esbelta mujer, se adorna con los encajes de sus piedras caladas. El sólido peñasco, modelado por el cincel del artista, se convierte en algo sutil; se espiritualiza, hasta llevar el pensamiento a la esfera de lo inmaterial. Esta magna obra de arte, espléndida manifestación de lo bello, se prepara jubilosa para festejar el setecientos aniversario de su construcción. En la fiesta que ahora celebra, por siglos mide su existencia; pero la Catedral no es vieja; sus líneas conservan sus trazos puros; su arte no pasa,

no puede pasar de moda; antes al contrario, se acrecienta, se agiganta. Siete siglos de existencia para una vida es mucho; traspasa los límites de la estrecha comprensión humana. Para una manifestación de arte es algo; es la plenitud de su consagración. Nada para una religión que ha de ser eterna...

Esta Catedral de Burgos hace vibrar en mi ser, con suaves sacudidas, las fibras de mis sentimientos. Su arte deleita mi espíritu, que, ambicioso, trata constantemente de penetrar en sus misterios para descubrir nuevas bellezas. Es el relicario que guarda la religión en que nací. Bajo sus naves oraron mis antepasados. Hoy reza con unción mi madre. Por eso este templo es para mí doblemente sagrado.

En las noches de agitado insomnio la sonora campana de su reloj me hace recordar que a pocos pasos sus airozas

torres de espuma velan mi vigilia, y mi imaginación penetra por sus silenciosas naves, y recuerda las múltiples cosas bellas que impresionaron mi ánimo, y se detiene ante las imágenes que desde niño me son familiares, y mi espíritu se eleva a altas regiones..., y entonces me duermo dulcemente...

... ..

En el cielo hay mucha luz; en la tierra, mucho regocijo en los corazones. La Catedral, por boca de sus campanas, que en su alegre volteo lanzan al espacio vibrantes sonos, llama a los burgaleses, a los castellanos. Sus ecos se extienden por todos los ámbitos de la nación y llegan a los alcázares, y a su llamada responde el jefe del Estado.

El pueblo, en sus distintas jerarquías, que todo es pueblo, acude en tropel a rendir el debido tributo de admiración y cariño a su Catedral, que en lo ma-

terial es algo inherente a su propia existencia, y en lo espiritual, el refugio de su alma...

Penetra en ella con veneración, y admira y besa mentalmente estas sagradas piedras, que se rizan, se modelan y se transforman en altorrelieves como delicado bordado; en esbeltas columnas; en chapiteles elegantes; en doseletes afiligranados; en rosetones calados—que son como los ojos con que mira al exterior la monumental Basílica—; en hornacinas, cobijo de portentosas esculturas; en airosos ajimeces; en sutiles y transparentes balaustradas y en rasgados ventanales góticos. Conjunto de maravilloso arte, bosque de entrelazadas filigranas, palacio de ensueño que da honrosa fe de grandezas pasadas castellanas, que denuncia que hubo un pueblo grande, de atrevidas iniciativas, de depurado espíritu artís-

tico, de concepciones elevadas que honra mucho, pero que obliga más, a los que hoy, conmovidos, rezan bajo sus airosas naves.

Esta muchedumbre castellana, noble por sus actos, de hidalga estirpe y de voluntad recia, es guiada espiritualmente por un caballeroso personaje, encarnación de su temple y valor: por el Cid, que en su inmortalidad quiere, con su presencia, dar el realce debido a tan fausto acontecimiento.

La multitud se sitúa bajo la linterna del crucero del grandioso templo. Cuatro enormes pilares sólidos y esbeltos sirven de apoyo a esta obra maravillosa, que arranca severa al nivel del hombre y por encima de airosas ojivas, se eleva, tornándose en delicada filigrana, hasta convertirse en algo frágil, quebradizo, inmaterial, conforme se va acercando al cielo...

Delicadas balaustradas marcan los dos cuerpos de este grandioso farol. En los lienzos del octágono, escudos de la ciudad, de reyes, de obispos, surgen de la piedra con trazo firme. Estatuas perfectamente modeladas, protegidas por airoso doseletes. Grecas cuya delicadeza conservó con respeto el tiempo... Por sus alegres ventanales penetran unos rayos luminosos, que al proyectarse sobre una superficie, se convierten en discos de oro. Uno de ellos, como rayo desprendido del cielo, ilumina la frente del Redentor, que con semblante de angustiosa agonía, yace sobre una cruz de toscos maderos; a sus pies, bajo doseles de terciopelo recamado en oro, la realeza, plena de brillo y esplendor, encarna la suprema autoridad de la tierra; la púrpura cardenalicia idealiza la más sublime dirección de los espíritus.

Una harmoniosa orquesta desgrana

EL ALMA DE LA VIEJA CIUDAD

unas notas que, al juntarse con las voces de los cantores, hacen temblar los ámbitos del templo en estremecimiento artístico. De los pechos de la multitud arrancan suspiros que arrastran pedazos del alma castellana; y con ellos, confundidos, compenetrados, se elevan efluvios del Campeador, que en aquel lugar hallará reposo eterno, para escaparse muy unidos por entre los nervios al descubierto de aquella incomparable bóveda transparente y volar a la mansión donde únicamente son recibidos los pensamientos elevados y las ideas nobles...



LO QUE NUNCA MUERE





SOL mañanero de Castilla; sus rayos, que poco a poco van ganando la perpendicular, dan muerte al rocío, que, como lágrimas de las estrellas, colocó sobre las plantas la noche serena; con sus fulgores nacen estos días del mes de agosto, en que la plétora de la luz arranca a las cosas sus más vivos colores y quema la tez del labrador que canta; canta, porque se cree libre como el aire, olvidando que es esclavo de la tierra que pisa.

El camino me guía, y los árboles, alineados en sus márgenes, quieren cerrarme el paso por los lados, a la vez que el murmullo de sus hojas, acaricia-

das por un tenue vientecillo, parecen decirme ¡adelante!; y en verdad que el mandato es bien grato.

Las ramas, que se abrazan amorosamente, sólo dejan pasar a través de sus frondosas vestiduras algunos hilillos de sol que, como intrusos ¡los muy pícaros!, buscan el frescor de la umbría.

A mis pasos, cruje y rechina el cascajo del camino. ¡También la tierra se queja de que se la pise y oprima! A la derecha, el agua de un riachuelo salta cantarina por encima de las piedras o las socava y arrastra, porque no puede detener su continuo avance, que es la vida, y parece tener prisa en llegar al molino para rendir su debido tributo al trabajo, fuente única del progreso... En las orillas, unas plantas muy verdes se inclinan sobre el cristalino líquido, tratando de saciar su sed inagotable.

Al otro lado, campos castellanos par-

dos y secos se extienden hasta perderse en el horizonte. En unos, la corteza terrestre, removida por el arado, presenta rugosidades de tierra en descanso. En otros, entre las amarillas púas de la rastrojera, unas blancas y blandas ovejas buscan la espiga que quedó sin recoger o la planta rebelde que nace retadora en medio de aquel campo fecundo. Pocos pasos más allá, el zagal de blanca camisa y recia zamarra descansa, recostado en el ribazo, y sus ojos serenos miran al cielo y le hablan de cosas del alma...

Un agudo pitido pone en huída al rebaño, y al corretear de las ovejas, docenas de esquilas lanzan al espacio su alegre tintineo. El pastor vuelve el semblante, aquel semblante tostado, ingenuo y varonil. Mentalmente confronta la hora por aquel golpe de silbato, mejor que por la altura del sol. Pasa tre-

pidante la mole de acero, dejando volutas de humo flotando en el aire o enganchadas en los árboles. Desde el tren saludan con pañuelos; el pastor contesta levantando en alto su cayada. Sabe que aquellas paralelas líneas metálicas unen dos fantásticas poblaciones "que dicen" Madrid y París; ciudades de ensueño, emporios de civilización, de ciencia, de vicio...; y que se comunican sus ideas y sus riquezas por medio de esos monstruos que sobre las relucientes cintas se deslizan rápidos... Sueña pensando en placeres fantásticos, en mujeres hermosas, y recuerda que en medio de su rusticidad también padece de males del corazón... Y mientras tanto, el convoy pasa veloz por campos áridos y pueblos míseros, sin dejar, ¡avaro!, más que unos jirones de humo, que, como los sueños del pastor, se esfuman en el aire...



La calzada sigue risueña. Los pajarillos la cruzan brincando y piando. Se divisa como un campamento dorado, que el sol hace brillar, arrancando destellos metálicos; es una era. Una carreta con enorme panza, que sujeta toco zarcillo, rebosa tostada mies y se inclina, apoyando su viga en el suelo, impaciente por verter su preciosa carga. Los haces se amontonan en enormes cinas, presentando una superficie de espigas granadas. A su sombra sesteá un perrillo, que con ladrido escandaloso ha de avisar la presencia de gente desconocida; le acompaña la clásica "barri-la", que con el jugo fresco de su vientre enjugará la boca reseca del campesino. Más allá la paja, ya triturada y el trigo desgranado, forman grandes conos, y en el centro de la era, la parva, extendida en perfecto círculo, presenta la maraña de sus espigas y

cañas entrelazadas. Sobre ella camina lentamente el trillo, arrastrado por cachazudos bueyes, que, aguijoneados perezosamente por una vieja somnolienta, giran sin cesar alrededor de un centro imaginario. El canizo, al girar sobre el témpano, chirría; la parva cruje; los hierros de las pesuñas de los astados brillan. Se oye una copla...

Ya se ve el arco bajito y misterioso que, como el de una fortaleza, da entrada al Real Monasterio de las Huelgas. En el interior, y sobre la punta de la ojiva, una antigua imagen de la Virgen, encerrada en tosca hornacina, aparece iluminada por luz parpadeante.

Son estas calles de Huelgas como las de todos los pueblos castellanos: con descarnados gujarros como lecho de río; con casas chatas, de ventanucas pequeñas y portalón grande, por el que se escapa un típico vaho, mezcla con-

fusa, no se sabe si agradable o repugnante, de granero y establo.

Barriada de aspecto al mismo tiempo humilde y señorial, evocadora de los lejanos tiempos en que el labrador era señor y sentaba a su mesa al menestral, en un amplio espíritu de paz familiar. A todo envuelve un ambiente tranquilo, silencioso, monacal. En el portón de un mesón una mujeruca de amplia saya y pañuelo de pico en la cabeza, hace calceta. Se percibe claramente el taconeo de algún viandante; se oye rechinar la puerta, que gira sobre sus goznes.

Por entre el verdor de la arboleda surge una mole de piedra, que puede ser fortaleza o templo, y que está coronada por el trazo firme de una torre cuadrangular, agujereada por pequeños ventanales para dar salida a los lamentos de sus místicas campanas. Este es el célebre convento de Santa María la

Real, fundado por un rey a la vez religioso y guerrero, por Alfonso VIII. Sus piedras nos hablan de una época caballeresca; la tradición nos cuenta que sirvió de albergue a reyes, príncipes y caballeros. Hoy sus pilares y sólidos contrafuertes románicos encierran los estuches funerarios de aquellos cuerpos que en vida imponían su poder.

Nobles damas del Cister buscaron su refugio espiritual en sus bellos claustros románicos, que parecen conservar el eco de la voz acariciadora y subyugante de Doña Misol, su primerâ abadesa, que logró con su actuación, para el cargo la más alta prerrogativa: la Mitra. Para la orden, la honrosa consideración de Comendadoras. Desde entonces estos severos muros guardan el secreto de todas las pasiones, desengaños y amarguras que luchan en el co-

razón humano. Señoras de elevado rango eligieron en todos los tiempos este santuario, como retiro apropiado para su alcurnia. Madres y esposas doloridas, bellas jóvenes románticas, y hasta pudiera ser que alguna linda princesita con el corazón destrozado por un amor imposible...

Princesita enamorada: yo te veo a través de los artísticos arcos del claustro; tu carita rubia, encerrada en la toca de purísima blancura; tus finísimas manos, casi ocultas por las enormes mangas del hábito, y en tu cabecita—en que pudiste ceñir la corona—, el original casquete en pico, del que arranca el negro velo que se pierde con la larga cola, como recuerdo de tu noble estirpe.

Paseas silenciosa por el atrio de entrada o de "Los Caballeros de la Banda", entre sepulcros del siglo XII, en los que, con supremo arte, el cincel del ar-

tífice quiso inmortalizar una vida que se extinguió, sin reparar en que Dios, en su alta sabiduría, hizo a los hombres iguales en el nacer, en el padecer y en el morir; y olvidando que sólo una cosa no muere: las ideas; "eso" que se nos aparece tan inmaterial, tan sutil, tan etéreo...

Dentro de la hermosa iglesia gótica, en forma de cruz latina y con las más puras características de las construcciones cirtencienses, los rezos y suspiros de la monjita rubia se pierden por las tres amplias naves en misterioso silencio, mientras sus ojos vagan por el espacio, para detenerse en las figuras orantes de Alfonso VIII y doña Leonor de Inglaterra; en el altar de San Bernardo, fundador de la Orden; o en los cabalísticos signos bordados sobre el pendón de las Navas; y fijarse, por último, para quedar en éxtasis, ante la

imagen que representa la Anunciación de Nuestra Señora, encuadrada en el centro del retablo mayor, de abigarrado estilo churrigueresco.

El coro, con sus setenta y dos sillas de nogal, ornamentadas con la talla de los escudos de España, se puebla de siluetas blancas, y entre cántico monótono y suave, parece desprenderse del notable púlpito, que conserva restos del que sirvió de tribuna a San Vicente Ferrer, la voz vibrante del santo, que en notable oración habla de las miserias del mundo y sus pasiones, y de las excelencias y perfección de quien dirige su corazón hacia la vida eterna.

La princesita-monja inclina la cabeza hacia su pecho, y por sus mejillas de raso corren dos purísimas lágrimas.

... ..

Y hay quien dice que hace muchos años, tal vez siglos, un día, triste día de



invierno, en que las nubes lloraban y los árboles se estremecían de frío, apareció, destrozado y sangriento, el cuerpo de un joven pastor, soñador como el que vimos sobre el ribazo. Enfermo del mal de amores, se había arrojado desde las almenas del torreón que, vigilante, da entrada a este monasterio, evocador de glorias y amarguras...

IDEAS BLANCAS Y SUELO NEVADO





L dejar caer el libro sobre mis rodillas, una oleada de fuego azota mi rostro. Los leños chisporrotean en la chimenea. Unos pequeños chasquidos despiden brillantes candelas, que a poco se extinguen. En el centro del hogar, un rojo vivo, brillante, enciende las cenizas que le rodean y prestan luminosidad a los objetos cercanos. Las llamas oscilantes suben lamiendo el muro y se elevan después de haber purificado la materia, para reunirse con la pureza de las regiones celestiales...

Al través de la vidriera del balcón se ven caer, oscilantes, como meciéndose en la atmósfera, unas vedijas blancas:

es la nieve que cae pausadamente. Los copos llegan al suelo mansamente, como temerosos de que su blancura se empañe, se ensucie al tocar la tierra obscura, mísera... Estas plumitas blancas, desprendidas de las alas de los ángeles, se unen, se estrechan, hasta tejer un manto blanco; manto de armiño, que se destaca brillantemente en este ambiente gris, sobre el que la silueta pétrea de la Catedral se esfuma, se confunde en el fondo de un cielo bajo y plumizo, en el que parecen penetrar las finas agujas de sus torres.

✓ Tiene esta plazuela de Santa María algo de patio misterioso de castillo medioeval, mucho de claustro sentimental de convento solitario. Limitada por muros berroqueños, sin más adorno en su superficie que las plantas silvestres que allí puso la Naturaleza, como protesta a la quietud que quieren imponerla es-

tas piedras; cierra uno de sus lados el sublime templo que hoy la nieve viste de gala, festoneando sus aristas con blancas líneas algodinosas, e irradia siempre paz y quietud a estos lugares, al mismo tiempo profanos y místicos.

En esta fachada principal, tres puertas de esbeltas ojivas dejan escapar de cuando en cuando las notas de un órgano, que lanza al espacio arpeggios religiosos. De ellas se destaca por su altura la central, llamada del Perdón, por el derecho de asilo que, según la leyenda, se concedía al delincuente perseguido que, asiéndose a sus artísticas y mohosas aldabas se acogía con fe a la protección del sagrado recinto; sublime hospitalidad, que perdonaba en nombre de un Dios clemente y misericordioso. ¡Qué distinto modo de entender la justicia humana al que la realidad nos ofrece después de pasados va

rios siglos, en que se apela para castigar a no se sabe qué "ley de fugas", en que aquella magnanimidad del poder divino aparece suplantada por la venganza del hombre! ¿Será cierto el progreso de la Humanidad?...

Delante del frontis, cerrando el enlosado, en el que pasearon al sol los ancianos de varias generaciones, un antepecho de fina malla de piedra forma la primera terraza del monumento. Unas esbeltas columnitas, terminadas en labradas agujas, engalanan la filigrana de su modelado con los cristales de hielo que el viento arrastra.

En el centro de esta plaza melancólica, una fuente, fuente que llora su tristeza con monótono gimoteo. Su pilón, de forma octagonal, recoge el cristalino líquido que lanzan por la boca unos feroces monstruos cabalgados por inocentes serafines. Sus líneas se van per-

diendo, y cada año, como si fuera una lima, redondea más y más sus formas. A su alrededor, seis u ocho arbolillos desmedrados se estremecen en su desnudez al soplo de una brisa gélida.

Por la escalinata que salva el desnivel del terreno, bajan unos muchachillos riendo y gritando: juegan con la nieve. Sus voces, en medio de este silencio sordo, suenan puras, cristalinas: el sonido resbala sobre la nieve y se apaga. Pasa hacia la catedral, embozado hasta los ojos en su manteo, un sacerdote, que difícilmente defiende su cuerpo contra la ventisca.

Vuelve a reinar un profundo silencio: ahora es una beatuca encogida dentro de un grueso mantón y portadora de un asiento plegable. Luego, más tarde, un campesino de capa parda y gorro de piel. Su paraguas rojizo es la

única nota de color en este ambiente gris, cárdeno...

Al fondo, sobre el altozano, y descansando sobre la falda de la loma que contiene la muralla, otra masa pétreo cierra el horizonte. Sus líneas son lisas y sólidas: líneas severas de templo, de estuche que guarda preciada joya. Sus tejadillos están blancos, y sobre ellos revolotean sus campanitas sonoras y agudas, que rasgan este silencio de muerte y alborotan cantarinas, mientras la nieve sigue cayendo lentamente.

... ..

Hubo un tiempo; días tristes, en que las puertas de esta iglesia de San Nicolás no se abrían; en que sus muros se agrietaban; en que sus campanas estaban mudas. Un ancianito, venerable sacerdote de manteos pardos y cabeza blanca como esta nieve, como sus pensamientos, veía lloroso que la casa sa-

grada, que *su* iglesia, se desmoronaba; que la sublime obra de arte que encierra su delicado retablo de piedra, iba a desaparecer entre escombros, que el tiempo pulverizaría y el viento arrastraría a regiones desconocidas... Esto no podía ser, y había que evitar tan gran desgracia, y pidió auxilio. Al llamamiento de este buen capellán, don Anselmo López, acudimos los burgaleses movidos por un doble sentimiento religioso y artístico. Cada cual aportó de buen grado cuanto pudo dentro de su esfera de acción, y es lo cierto que un ilustre matrimonio dió pruebas de su extraordinaria esplendidez.

Se recalzaron los cimientos. Unos sólidos contrafuertes aseguraron el edificio. Se pusieron a plomo las bóvedas...; el ancianito sacerdote veía gozoso cómo la obra de restauración avanzaba, cómo, por fin, se salvaba aquella riqueza

artística..., y entonces, una honda preocupación invadió su cerebro. La obra no adelantaba todo lo rápidamente que su imaginación deseaba, y él era ya viejo; tenía muchos años, muchos, y le obsesionaba la idea de que sus ojos no pudieran ver terminada la reparación, y pedía, fervoroso, al cielo, que le concediera unos días más de vida, nada más que unos días; ya eran pocos, muy pocos; la obra se acercaba a su fin...

Y un buen día, el bendito cura de almas tuvo la grande, la inmensa alegría de pasearse con su paso menudito por las tres naves, llenas de luz, blancas y limpias...; y entonces ya no lloraba; su cara, rugosa, reía; reía como un niño, con risa inocente, ingenua. ¡Qué bueno era Dios!; le había concedido lo que le pidiera: la vida de *su* iglesia, la suya para verla. Ya podía morirse tranquilo, y delante del maravilloso retablo eleva-

ba sus manos temblorosas al cielo, en acción de gracias, al mismo tiempo que sus ojos, de viva mirada, últimos destellos de una vida que poco a poco se extinguía, contemplaban extasiados aquella filigrana de piedra, agujereada por el cincel del artista, al mando de una inspiración divina: cortina de riquísimo brocado: espuma sobre la roca, que parece deshacerse al soplo de tenue brisa marina...

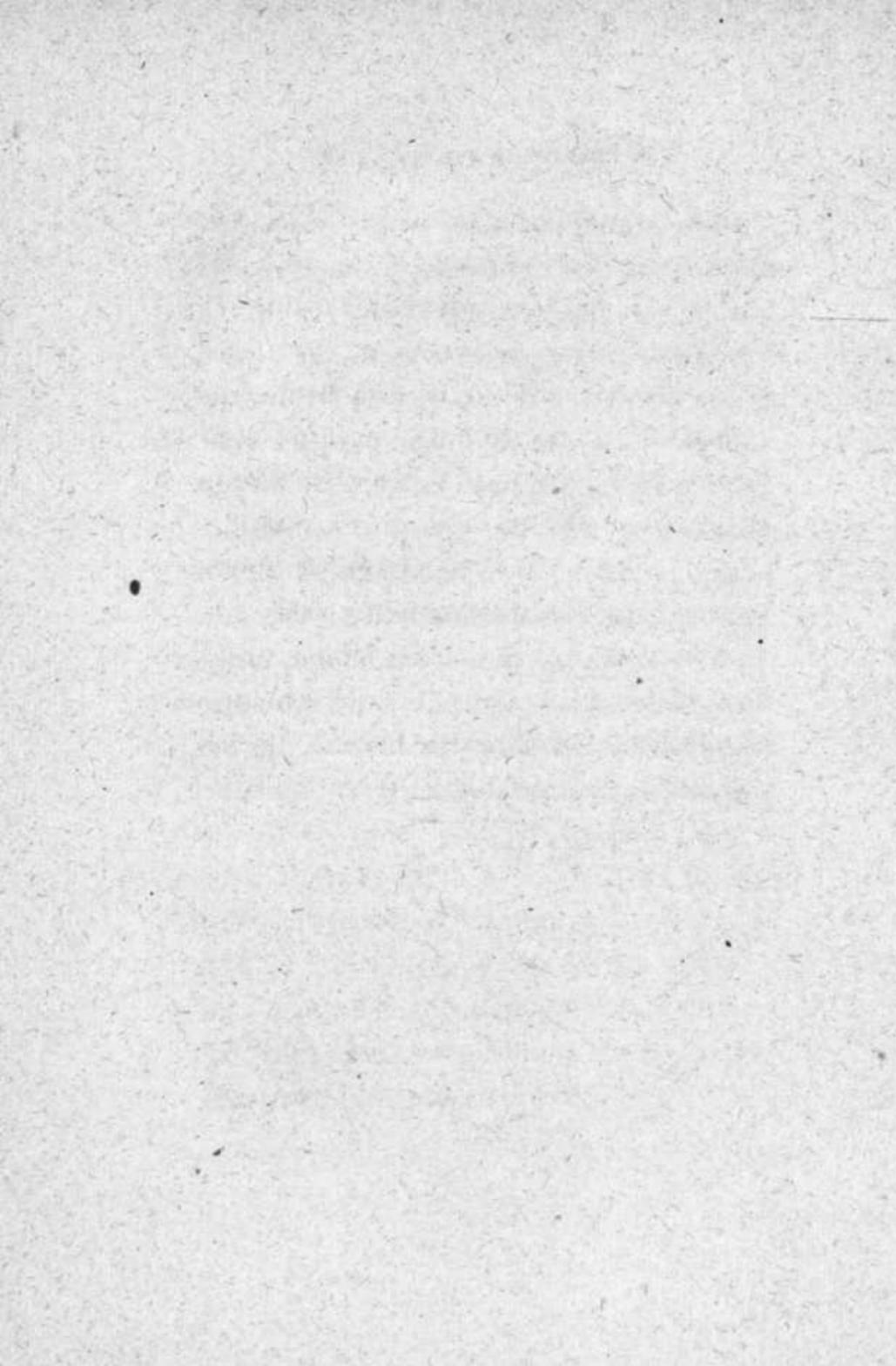
Su vista se paseaba con embeleso—ya no ambicionaba otro género de regocijos—sobre aquella finísima talla de estilo gótico, prodigio de arte en que se muestra exuberante la portentosa fecundidad de Francisco de Colonia, y que, después de cinco siglos de existencia, conserva inmaculada la pureza de sus filigranas... En el centro, el símbolo de la Sagrada Eucaristía, formado por las delicadas líneas de más de cien-

to cincuenta figuritas de ángeles rodeando las imágenes de la Santísima Trinidad. A guisa de bandas, a cada lado tres líneas de doseletes, en varios pisos, cobijan multitud de grupos escultóricos representativos de diversos pasajes sagrados o profanos. Bajo un airoso arco central, festoneado por tenue greca al aire, nuevo grupo de doseletes, también vaciados en la roca y perforados con sutileza, protegen notables altorelieves. A derecha e izquierda, dos artísticos sepulcros, de los Polanco y los Maluenda, son adecuado complemento de tanta belleza..., y en medio de tal magnificencia, la figura, severa, hierática, del patrón del templo San Nicolás de Bari, revestido de Pontifical, bendice a las ideas nobles, a las almas buenas, al anciano sacerdote que allí, arrodillado, espera ya sin temor los Altos designios.

... ..

EL ALMA DE LA VIEJA CIUDAD

Pasó algún tiempo, muy poco. Un día; como este cárdeno, y como este blanco, en que los pajarillos caían de las ramas de los árboles o de los aleros de los tejados, heridos por la flecha invisible de un viento sutil, para desaparecer con su plumaje entre esta manta algodonosa que, de cuando en cuando, tiende el cielo para purificar la tierra con su inmaculada blancura; ese día triste, aquella misma tierra acogía amorosa el cuerpo menudito del anciano sacerdote de la cabecita blanca, de los blancos pensamientos...



DULCE · REMANSO





El Espolón es Burgos: Burgos es el Espolón. Para muchos burgaleses, y aun más para muchas personas que nunca estuvieron en esta ciudad castellana, ambas palabras se les aparecen siempre asociadas y son inseparables. En toda población de grande, regular o pequeña importancia, hay un paseo, una avenida, una plaza, una calle o, en último término, un rineoncito, que es como el símbolo de sus costumbres, la "esencia" del pueblo mismo, la pura manifestación de su alma. Al pronunciar su nombre se evocan modalidades, características, gestos, que la dan originalidad y definen su personalidad.

Nuestra imaginación hace encarnar en ese nombre, el modo de ser y la vida de la población de que se trata, sin que sea posible la confusión: la Puerta del Sol es Madrid; las Ramblas, Barcelona; la calle de la Sierpe, Sevilla; la Caleta, Málaga; El Arenal, Bilbao; Zocodover, Toledo; La Concha, San Sebastián...; El Espolón, Burgos.

Es este hermoso paseo, trazado sobre terrenos robados al río Arlanzón, mezcla de avenida, calle y parque, en artística promiscuidad. En él, con reposado andar, se logra la flexibilidad de los músculos entumecidos y se renueva el oxígeno de los pulmones al abrigo del traidor "cierzo"; se conciertan negocios; por los rentistas se lleva al día la cotización del "cuatro por ciento Interior"; por los capitalistas, el alza y baja de la arroba de lana o de la fanega de trigo, bien sea "mocho" o "rojo"; allí

se habla de política en conversaciones interminables, en las que se empieza por atacar a todo y a todos, pero en las que indefectiblemente termina predominando el criterio de don Lucio del Cupón, para finalizar en la conclusión de que las cosas están muy bien como están, y no hay nada que mejorar, nada que renovar, pues todo lo demás son utopías, y el que las sostiene, un desgraciado "bolchevique"; en el típico Espolón se buscan las gratas caricias del sol de medio día en invierno y de la brisa de la noche en el verano; es sala de lectura para los hombres y gabinete de labor para las lindas muchachitas casaderas; tiene su buen salón de juego—no frunza el ceño la primera autoridad civil de la provincia—para niños, en el cual, limitado por las estatuas de piedra de cuatro reyes, ¡vaya tute!, se inician los "bebés" y algún

que otro mozalbete en los secretos de acertar un número en la rueda del barquillero, con el que se juegan sus buenas "perrillas", bien por el procedimiento de "la inglesa", el de "pares o nones" o el de "la raya"; aprendizaje que luego ha de serles muy útil para encontrar "infalibles" combinaciones en la otra rueda, ya más seria, que se titula "la ruleta".

Esto es El Espolón: la casa común de todos los burgaleses, el punto de cita de los enamorados, y el protector y causa propiciatoria de casi todos los matrimonios que en la cabeza de Castilla se han celebrado... y de muchos de los que en lo sucesivo han de celebrarse.

Pero es que, en realidad, el simpático paseo todo se lo merece. Es apacible, sin ruidos, sin peligros, tranquilo, acogedor; ejerce sobre el espíritu no se sabe qué fuerza de atracción; es, en

una palabra, "confortable", pues dentro de la población desempeña el papel de esa habitación predilecta de la casa, donde todo está a nuestro gusto y comodidad, y en la que los elementos de distracción o de trabajo están al alcance de nuestra mano.

Una hilera de casas, cara al sol del medio día. En ellas, varios cafés típicos, con sus inevitables divanes de terciopelo rojo; mesas de mármol blanco, alineadas; sus paredes, animadas por algún que otro espejo, y sus lámparas, enfundadas en gasas protectoras. De allí arranca amplia acera. Luego un andén central, y a su lado, varias líneas de frondosos árboles, limitando recordados jardinillos que llegan hasta el malecón del río..., y al fondo el histórico y terroso arco de Santa María, que inmortalizó los nombres de los jueces

de Castilla, con su boca negra como la de un túnel.

La fisonomía de este paseo recorre el mismo ciclo que la creación ha marcado a las estaciones. En los días de crudo invierno, la gente se "pega" contra las fachadas de las casas para apoderarse del poco calor que envía el astro rey; luego, el público va ganando el centro del paseo conforme avanza la primavera con su ambiente tibio, hasta que por último llega a cobijarse bajo la protectora sombra de los tilos y acacias, en las luminosas mañanas estivales.

Porque, sobre esto del clima de Burgos se ha fantaseado mucho. Cierto que hace frío y... menos frío; pero de aquí a que, como algunos han dicho, no haya más que dos estaciones, la del invierno y... la del ferrocarril del Norte, hay una regular distancia. Si acaso

estaría más en lo cierto el palurdo que, al decirle un forastero que tenía noticias de que el clima de Burgos era malo, contestó al huésped, entre altivo y ofendido: "¡Aquí lo que pasa es que no hay clima!" Pero no hagan ustedes caso; hay clima, fresquito, pero le hay, y hay estaciones, no tantas como en día de Jueves Santo, pero también las hay.

Otras mutaciones sufre este delicioso paseo, ya dentro de un mismo día, en relación con sus distintas horas. Por la mañana ha de pasar por él toda persona que sale de casa, aunque el centro de sus ocupaciones se encuentre muy distante y para ello tenga que dar un inverosímil rodeo. Viejecitos achacosos, renqueando, que buscan para sus huesos un calor que ya les niega su organismo. Algún que otro sacerdote de andar pausado, leyendo en un devocionario. Una mujer de amplias caderas

empuja un cochecito charolado, del que sobresale, entre encajes, una cabecita rubia. Sentados formando corro, varios militares sostienen animada charla. En otro grupo de estudiantes, en vacación, se lee la Prensa recién llegada de Madrid y se comentan las noticias de actualidad. Cualquier artículo, cualquier gacetilla, les hace añorar los días agridulces del curso y su espíritu vuela, en un momento de feliz sensibilidad, a los lugares de la corte para ellos predilectos. Los comentarios de alguno de ellos sobre los sucesos de actualidad, confortan. Sus ideas son amplias. Lejano el horizonte donde dirigen la mirada. Se advierte la semilla que sembrarán los grandes maestros: Azcárate, Giner... y esta juventud dejará de serlo, y sus ideas también declinarán, se olvidarán... Entre alegres risotadas, como bandadas de golondrinas, unas

inquietas muchachas pasean. Unos rayos de sol burlan la espesura del ramaje para acariciar tanto rostro bonito. Señoras respetables distraen su quietud sobre los verdes bancos, tejiendo, en chillones colores, con grandes agujones de metal, a los que sus manos imprimen un continuo movimiento nervioso. Varios niños juegan por entre los jardinillos, alegres como el agua del surtidor, como los pajarillos que por allí revolotean...

En las primeras horas de la tarde, el paseo del Espolón adquiere un aspecto democrático; sus andenes los invaden niñeras y soldados. Veréis a la mocetona que acaba de llegar de Torresandino, con muchos colores y muchos refajos, y a la que corteja un "apuesto" soldado de Caballería, que, sin duda para que pueda comprenderle, se expresa con las manos... porque a lo mejor resulta que

el "melitar" es de San Feliú de Guixols.

Ya de noche cambia la decoración. Las luces rasgan el misterio de las sombras. Afluyen al paseo gentes de los barrios adinerados; gentes de los barrios modestos, que bien pronto, por propia voluntad, establecen una perfecta división de clases, separadas por el encintado de piedra de una acera. Sobre ésta, los privilegiados de la fortuna, las personas de *posición*. Sobre la arena del andén central, *el percal*, es decir, lo que ha dado en llamarse clase baja: modistillas, *zapatilleras*, obreros, menestrales, que expansionan el cuerpo y el espíritu después del rudo trabajo cotidiano.

Entre los jardinillos laterales, bajo la bóveda de corpulentos árboles, se halla instalado un quiosco, donde una banda de regimiento ejecuta las composiciones más en moda. Los más aficionados a la música se colocan alrededor y es-

cuchan atentamente. A la mayor parte del público no parece interesarle demasiado las florituras del clarinete ni las filigranas del cornetín, y pasea distraídamente. Apagadas las melodías por el bullicio de la multitud que circula incesantemente, bien hacia arriba, ya hacia bajo, solamente llegan al núcleo del paseo las notas más agudas y sonoras.

En la acera, la muchedumbre se agrupa, se estrecha. Tal vez el secreto de este amontonamiento, en tan reducido espacio de terreno, podría revelárnoslo el viento fino que por la vega del río realiza su marcha triunfal, hasta tropezar con el dique de estas primeras casas de la población. En este conjunto abigarrado, las luces de casinos y cafés hacen destacar los colores claros de la indumentaria femenina, dando un aspecto alegre a tan atrayente trozo del Espolón. En él, unos buscan tranquilo aco-

modo junto a las fachadas de las casas. Otros rodean en familia a un velador de mármol, huérfano de contenido.

Por delante desfilan, en continuo movimiento de *correa sin fin*, muchachas con su bien definida cualidad de mujer, tobilleras sugestivas y hasta *rodilleras* simpáticas. Del elemento masculino más vale no hablar; no interesa a nadie. Todos sostienen el paso ceremonioso de procesión que, al dejar arrastrar los pies sobre las losas pulimentadas, producen ese chirrido especial que con tanto gusto deben oír los zapateros burgaleses. En este incesante girar de la masa humana, reciben las gentiles castellanas el homenaje de las miradas de los muchachos alineados en uno de los lados; y en especial alguna bella morena de mirada agresiva o tal cual rubia de ojos soñadores, a las que no se deja pasar por el *fielato* del *bar*—donde los más

castizos se *arrecan* cada *latigazo* que *erosiona*—sin previo examen, en todas las vueltas, del *contrabando* de su belleza...

Un poco apartado del núcleo del paseo, ya más en la penumbra—el amor se desvanece con la excesiva claridad—, sentados muy juntos y abstraídos del bullicio, una pareja de enamorados..., dos, cuatro..., muchas, se establecen uno y otro día en el mismo sitio, donde el amor parece haber adquirido sobre este típico rincón de los incendios... pasionales, una clase de dominio que no es inscribible en el Registro de la Propiedad. Allí se juraron amor eterno los padres, allí se hacen las mismas promesas a perpetuidad los hijos e idénticas palabras repetirán los nietos... Mientras, la gente pasa por delante un día y otro día, un año y otro año. Tras una ausencia observamos que algunas

ANTONIO MARTÍNEZ DEL CAMPO

personas han desaparecido; pero su puesto ha sido ocupado por otras: la "cadena sin fin" sigue girando; y es que la vida, que es tan fugaz, es también algo eterno...

CASTILLA EN RUINAS



UNIVERSITY OF MICHIGAN



ENA espadaña en ruinas, que un día se aturdiera con las sonoridades de sus campanas en vibrante y alegre volteo, que era despertar de la mañana, que era vida, se encuentra envuelta en la quietud, condenada al perpetuo silencio, que es muerte. Al penetrar por una puerta que santifica la imagen de la Madre del Redentor con el niño Jesús, bajo la denominación de Nuestra Señora de Fres del Val—fresno del valle—, y encontrarme en un recinto de muros en ruinas, me dice la guardesa que me sirve de guía: “Esto, que era iglesia, fué destruído cuando la *francesada*.” Mis ojos contemplan entristecidos aquellas

desmoronadas paredes; mi imaginación reflexiona sobre las palabras de la encargada de la custodia de estos restos artísticos. ¡Destruídos por la invasión francesa! Tal vez; pero recuerdo que en una ocasión me mostraban un hermoso lienzo de Fortuny, profanado por unos indiscretos brechazos, y me aseguraban que los desperfectos habían sido ocasionados por las lanzas francesas (¡!). Desgraciadamente, en España, sin necesidad de invasión de enemigo alguno, se profana y se pierde nuestro tesoro artístico. El enemigo lo tenemos en casa: son los Gobiernos, que ni les interesa ni menos les preocupa la suerte de una de las principales riquezas de nuestro país: la monumental; son los pueblos con la falta de amor á su patrimonio, que debía de enorgullecerlos; somos nosotros mismos, los individuos, que con nuestra incuria no estimula-

mos a la conservación de esta herencia gloriosa, y por nuestra apatía no denunciamos los atentados que todos los días se cometen contra lo que, por ser de todos, en virtud de una peregrina teoría, se cree que no es de nadie.

El caso es que de esto, que fué obra de arte, no quedan ya más que cuatro paredes, que convierten el recinto en un corralón. En el suelo, entre montones de pedruscos, que fueron delicados nervios de artística bóveda, crecen hierbas y plantas montaraces. En las secciones de los muros y en los relieves que no pudo destruir ni el tiempo ni el hombre—pues hay quien dice que sus sillares fueron machacados y vendidos como grava para la carretera—nace el jaramago. Por cima de uno de los muros penetra y se extiende la rama frondosa de un árbol, ofreciendo un techo y una protección a estos escombros que

un día fueron mansión sagrada y artística, y cobijo amoroso de las urnas funerarias de D. Gómez Manrique y de su esposa Doña Sancha Rojas, que allá por el año de 1400 fundaron el Monasterio, y del lecho sepulcral con la estatua orante de Don Juan de Padilla, preciadas joyas, debidas al mágico cincel de Gil de Siloe, que manos piadosas llevaron al Museo Provincial de Burgos. Nada queda ya de tanta belleza; unas piedras que poco a poco resbalan y se despeñan. Triste solar de desolación; en esta tarde apacible, las piedras toman un tono amarillento de un sol que ya declina. Unas gallinas picotean aquí y allá. En lo alto, un cielo sereno contempla impasible este morir lento de lo que se considera más perdurable en la obra humana.

Mi cerebro se abisma en hondas meditaciones. Como si fuera plomo, pesa

sobre mi espíritu la desidia de tantas generaciones, de la nuestra, y creyéndome participe en esta responsabilidad, la pesadumbre parece que me obliga a bajar la cabeza al transponer la puerta de gusto bizantino que da entrada al claustro procesional del siglo XV.

Cae la tarde. Un profundo y místico silencio rodea a esta mansión de paz y de quietud. Silencio sólo turbado por el pír de los pajarillos. Los delicados ajimeces y los sutiles rosetones trebolados encerrados bajo los arcos góticos, se destacan sobre el fondo sombrío de este claustro melancólico. Sus piedras adquieren tonos rojizos, dorados. En los ángulos apartados empiezan a surgir sombras de misterio, de leyenda. En este trozo de mundo que abarca la mirada, la vida parece parada, en suspenso. A través de las rasgadas ventanas se descubren en el centro del patio plan-

tas que deben su existencia a la mano del hombre, entrelazadas, abrazadas a otras silvestres que allí sembrara la mano del cielo; claveles y lirios se besan con arbustos rebeldes, punzantes. Por algunas de las esbeltas columnitas, inconcebible sostén de los arcos góticos, trepan las madreselvas, como si quisieran vestir con sus galas aquellas piedras olvidadas. Por una de las transparentes y airosas ojivas penetra un último rayo de sol, que lucha con las sombras que poco a poco van apoderándose de este claustro sentimental. Sombras que envuelven el cuerpo, sombras que entristecen el alma y la obligan en este momento romántico a meditar, a llorar al pensar que se desmorona y se pierde tanta belleza, que espíritus selectas supieron concebir y manos de artista dieron vida.

Y, entonces, el pensamiento salta a

través de años y siglos, y se le aparecen en confusión personajes cuyos nombres leyera en libros de historia u oyera en labios de ancianos que saben leyendas. Don Gómez Manrique y Doña Sancha Rojas; los Padilla; los frailes jerónimos, primeros pobladores del convento; el Emperador Carlos V, que antes de retirarse a Yuste parece ser que pensó en que Fres del Val fuera su asilo de paz y su sepulcro. Como certificado de este propósito, quedó modelado en el muro el escudo de España rodeado del Toisón y encerrado entre las clásicas columnas de Hércules. Ya casi en nuestros días, almas de artistas se concertaron a fin de que los gloriosos restos del Monasterio no desaparecieran, y fué el pintor Jover el que, movido por un soplo de su esclarecido genio, tomó a su cargo la noble labor de evitar el total desmoronamiento, y para que le ayudaran en esta

empresa formó una colonia de artistas, entre los que estaban los burgaleses Isidro Gil y Evaristo Barrio; el que en los primeros años de mi juventud fué mi maestro, Serrano Fatigati; el sabio Rodríguez Carracido, hoy rector de la Universidad Central; Joaquín Pí Margall... Más tarde, el poeta Víctor Balaguer, que con tanto cariño se preocupara de estas ruinas y sobre las cuales escribiera tan bellas páginas... Pero el tiempo sigue su obra destructora y una tras otra irán cayendo las piedras que hoy, armónicamente enlazadas, forman el artístico conjunto del claustro, y mañana pueden ser montones informes de escombros. Esto no será; en Burgos sobran hombres con altos ideales: pintores de fama, escritores notables, escultores o simplemente amantes de lo bello, que pudieran constituir el núcleo defensivo de Fres del Val, que fuera digno sucesor

del que creara el ilustre Jover. Así lo exigen las gloriosas tradiciones castellanas; así lo reclaman los supremos intereses del Arte.

Haciendo estas reflexiones me encuentro en una estancia que un día fué humilde celda conventual y más tarde, sin perder su austeridad, retiro sentimental de almas de poetas. En antiguas estanterías se alinean libros de historia, de ciencia, de arte; códices definidores de fueros y privilegios; pergaminos con ejecutorias de rancia nobleza. En las paredes, protegido por un cristal, algún grabado representativo de hazañas guerreras. Varias sillas atacadas por la carcoma de la polilla, con asiento y respaldo de cuero curtido y obscuro por el tiempo. En uno de los lados, un sillón frailer, de amplios y pulimentados brazos, delante de una mesa de grueso tablero de nogal y herrajes cincelados;

sobre ella, un reluciente velón, un tintero de Talavera y una pluma de ave, entregada a la ociosidad desde que el inspirado Balaguer la hiciera correr por última vez sobre las albas cuartillas. La habitación toma tonalidades grises y rojas, por el fuego del crepúsculo, y los reflejos de un pavimento de ladrillos impregnados de almazarrón.

Por la ventana, de pequeño recuadro y cristales emplomados, veo a Castilla. A ambos lados de la hondonada en que se apoya el Monasterio, resguardado de los vientos y con vista a la llanura, se levantan unas lomas que poco a poco van perdiendo altura, hasta hundirse en la planicie; ésta se extiende parda, monótona, pero sublime; un pueblecito chato, noble y silencioso; un grupo de árboles que destaca su mancha verdosa; una carretera que cruza solitaria... y la llanada sigue, sigue hasta que la corta

una línea de fuego, donde empieza la inmensa bóveda que, ya transformada en manto azul, pasa sobre nuestras cabezas...

.....

En un recodo de la vereda, un perro respetable me desafía escandaloso.

¡Calla, *kaiser!*—le grita un labriego, que con el bieldo al hombro viene por el camino; y dirigiéndose a mí, exclama: —¡No tema usted, señorito, que éste no hace más que ladrar!

A decir verdad, un poco asustado por el inoportuno saludo del can, y para disimular mi inquietud le pregunto al ladrador:

—¡Qué hay, buen hombre! ¿Ya de retirada?

—Sí señor; que el día huye y el sol madruga.

—Y qué, ¿ha sido buen año?

—Buen año para no haberlo pasado,

señorito. El grano *venía bien*; pero los vientos de *abajo* lo quemaron antes de tiempo. No cogemos *ni con seis*, y de ello tenemos que guardar la *sembradura*, pagar la contribución y comprar los aperos.

Verá usted—dice ya en tono apasionado—. Después de trabajar de sol a sol, y cuenta que en esta época el de *arriba* no descansa, resulta que tengo empeñada la cosecha y el usurero se quedará con mis pobres ganancias. Llevaba ya mediada la siega, en la que me ayudaban mis hijos y otros familiares, cuando un buen día, mejor dijera un negro día, vino orden de que se incorporasen los mozos a filas, pues tenían que ir *al moro* a defender no sé qué cosas. Se llevaron a los míos y a los más rudos brazos de la comarca; quedaron muy pocos obreros, casi todos forasteros, que por terminar la siega pedían

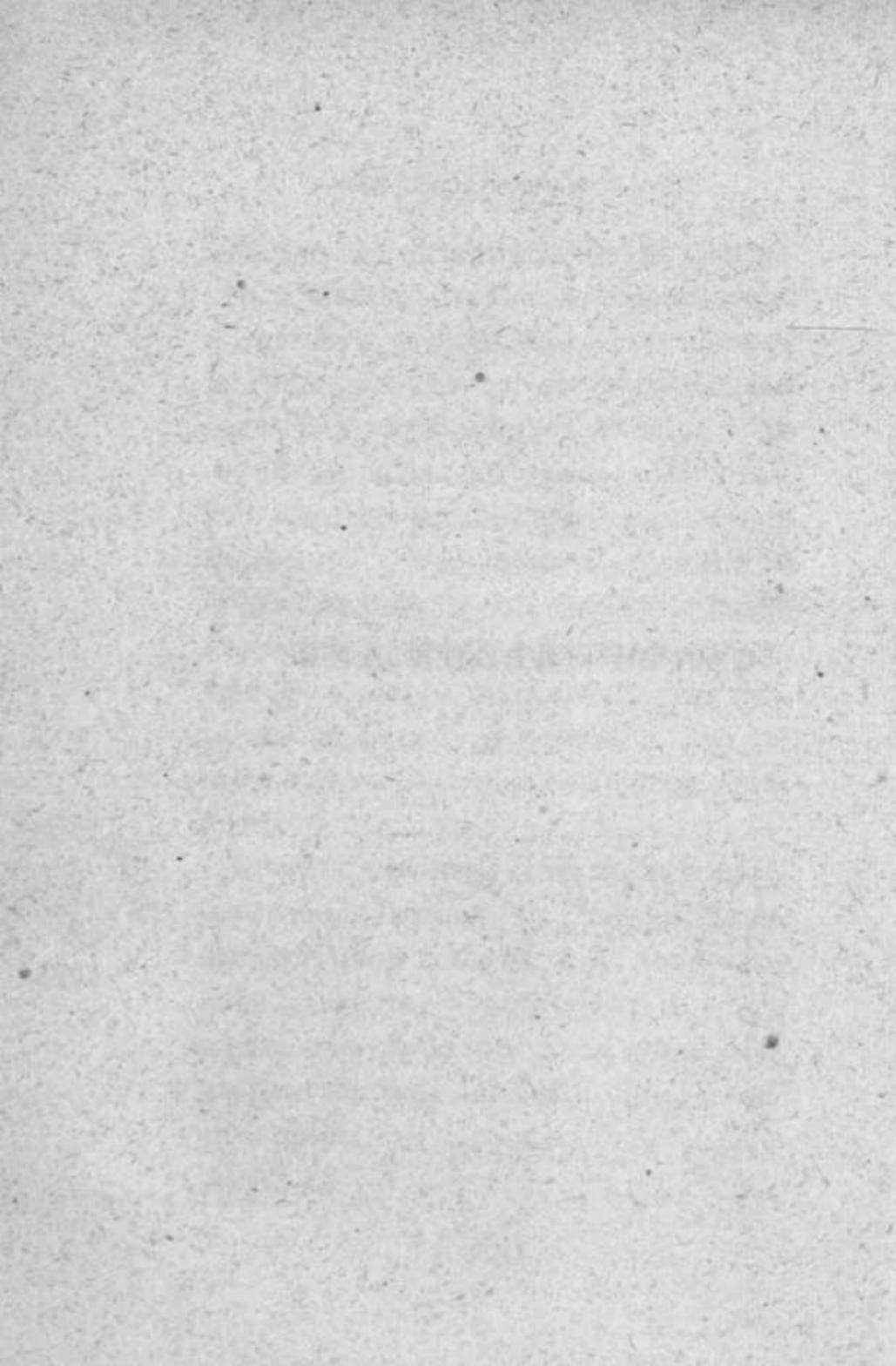
muchos dineros. Yo no sabía qué hacer: o tenía que dejar la espiga *levantada*, aquella espiga que había regado con mi sudor y el de los míos, o tenía que pagar los duros, muchos duros que pedían por segar la mies, y tomé dinero a rédito. Yo pensaba que este sacrificio del labrador sería recompensado; pero a poco empezó a bajar más y más el precio del grano. Era que unos señores, que dicen que nos gobiernan en Madrid, habían comprado con nuestro dinero, ¡sí, señor; con nuestro dinero!, mucho trigo en las Américas, con lo cual ya no vendemos el nuestro, el de Castilla. Créame, los que mandan no saben el daño que nos hacen, y es que no han pasado fatigas empuñando el arado ni han recibido sobre sus espaldas el fuego del sol de agosto. Dicen que hemos tenido una época buena en que nos libramos de la garra del usurero; pero en cambio no

se acuerdan de nosotros cuando el pedrisco monda la espiga o cuando la riada arrastra la mies. Todo cae sobre el labrador; los abonos *van* cada día más caros; los herrajes suben de valor y las caballerías alcanzan precios fabulosos, y el trigo, que *tié* que bajar... que *tié* que bajar... para que luego siga subiendo el pan. Así es que en resumen de cuentas, tengo mi familia *descabalá*, mi hacienda en manos del usurero y mi vida pendiente de que un *torozón* de frío, de calor o de rabia *remate* esta mísera existencia.

No supe, no pude o no quise contestar al noble labriego. Le tendí mí mano, que aprisionó entre la suya congestionada y callosa, y me alejé de aquellos lugares pensando que no es sólo el Monasterio de Fres del Val lo que se desmorona.

CANTO GREGORIANO







ACABABA de llegar de Madrid. Aún bullían en mi cerebro las mil variadas impresiones de la agitada vida de la gran población. Zumbaba todavía mis oídos el sordo rumor callejero de todo un pueblo en constante actividad: rodar de toda clase de vehículos, bocinazos de los automóviles, tintineo de los tranvías. La retina de mis ojos parecía conservar impresionados los centelleos de lujo y esplendor de las grandes fiestas en lujosos teatros, en los suntuosos hoteles de moda. Me perseguía sin descanso el sonsonete del *fox-trot* en boga en el *cabaret*, con el desfile de bustos femeninos desnudos y risas es-

candalosas. La atención de mi cerebro era solicitada por multitud de ideas atropelladas, confusas, todavía sin clasificar ni depurar, producto de las lecturas más variadas y de todo un curso de conferencias en Ateneos y Academias. Las ideas en el cerebro, como la semilla en el surco, necesitan reposo para dar su fruto. Mis nervios, excitados por continuas sensaciones, apetecían descanso; mi espíritu inquieto reclamaba tranquilidad.

Descanso pedía el cuerpo; paz y sosiego exigía el alma.

Unos mis amigos de la vieja ciudad castellana, gente joven recién salida de las aulas, con ese noble impulso que lleva por mucho tiempo a querer adueñarse de los misterios de la ciencia, y con la legítima ambición de saber; muchachos de alma volandera que en su juventud no aceptan la posibilidad

de encadenarse de por vida al estrecho horizonte de una capital provinciana, aunque luego, año tras año, mientras dura la existencia que a cada uno depa-
ra el poder divino, sus oídos no pierden una sola de las campanadas que el sonoro reloj de la Catedral lanza al espacio; estos amigos alegres, y todavía con esperanzas risueñas, me dijeron que tenían proyectada para el día siguiente, una excursión con objeto de visitar el Real Monasterio de Santo Domingo de Silos, y que contaban conmigo.

La idea de una excursión a través de los tranquilos campos castellanos, llena mi imaginación de suaves placeres. ¡Qué grato aspirar, beber, emborracharse con el fresco aire castellano que, al rodar por la plana meseta, no encuentra más obstáculo en su paseo triunfal que alguna añosa encina! ¡Vientecillo sutil que arranca a las

plantas de romero y tomillo sus deliciosos aromas, que besa los dorados trigales, que purifica las almas...! ¡Qué hermosa sensación de suave placidez oír la copla que canta el zagal, el trino del pajarillo y el murmullo del arroyuelo...! ¡Qué mejor recreo para los ojos que contemplar el verde altozano donde unos corderillos pacen mansamente, y dejar luego resbalar la vista por ese campo llano, como el carácter de sus habitantes, hasta perderse en el infinito...!

... ..

Nubes de polvo rodean el automóvil, que en vano trata de huír de ellas acelerando la marcha, pero el penacho blanco no se desprende del coche y queda tendido a lo largo de la carretera, hasta perderse en la lejanía... El motor zumba, monótono; trepidan flejes y hierros. Suben hasta nosotros vahos de

gasolina y grasa quemada. El aire puro de la mañana parece querer cortar nuestro paso y, agresivo, penetra a través de las ropas como punzadas de alfileres. Las ruedas del coche, en su rotación vertiginosa, se abren paso y lanzan a los lados piedras y arenillas. El sol radiante, que hace saltar chispas de fuego a guijarros y pedernales, parece apagarse al llegar a nuestros cuerpos. El torbellino avanza; se desliza rápido por una vertiente para ganar veloz la cumbre de una loma. De nuevo nos precipitamos a una hondonada para volver a subir a un punto en que la cinta blanca sobre que marchamos, parece cortada por el azul del cielo, como si al otro lado nos esperase el abismo; pero no, la carretera sigue recta, horizontal. El automóvil se lanza ansioso a conquistar su final. Los árboles, unos árboles largos y estrechos

terminados en punta, como dotados de movimiento, pasan veloces, erguidos y perfectamente alineados a ambos lados, como si quisieran impedir que nos saliésemos de la ruta marcada.

Atravesamos campos suaves, apacibles, de trigos dorados, ondulados en oleadas movibles, como mansa marea. Otros, pardos, rizados por la labor del labriego. A lo lejos, el páramo calvo, blanquecino, y en una rugosidad del terreno, un grupo de verdosos arbustos, como un lunar en la llanura, denuncia el preciado líquido que brota de las entrañas de la madre tierra. De aquí arranca una veta verde que se dibuja a lo largo como vena de vida en estos campos sin defensa contra el sol hirviente.

Atravesamos pueblos míseros, divididos en dos partes por la carretera, que en ellos penetra como afilada daga. Los portones y las ventanas de sus casas

grises, achatadas, de tejados oscuros y verdosos, aparecen cerrados, no se ve un ser viviente; parece que sus habitantes emigraron en masa. Sólo en el pórtico de la iglesia, que domina desde una altura, y a la sombra de un frondoso castaño, el cura, de nevada cabeza y pardo balandrán, juguetea con un perrillo vivaracho...

Los campos castellanos, serenos, plácidos, empiezan a arrugarse; parece que fruncen el ceño. Su superficie se ondula, se quiebra, llega a elevar montuosidades agrestes y a abrir peligrosos precipicios. De las entrañas de la tierra surgen arbustos punzantes, matorrales salvajes, hasta convertirse en espeso monte. La calva castellana se cubre de vegetación montaraz; se eriza de púas ariscas. ¡Pero también esto es Castilla!

Es el alma de Castilla, plácida, tran-

quila, de espíritu sereno y amplio horizonte; pero en ocasiones toman la rudeza de su suelo, adquiere vigor, sabe imponerse con noble altivez y entonces se manifiesta la existencia de una raza pujante, viril...

Y aquí, en el corazón de esta bendita tierra, entre suave y agreste, apacible y rebelde, sobre peñascales y rocas, existe un Monasterio que se llama de Santo Domingo de Silos...

El automóvil, expresión de progreso, ataca decidido un murallón que habrá visto nacer y morir los días de varios siglos, y bajo la ojiva de su puerta, penetra rápido en el recinto de la Abadía. Rechinan los frenos. Una suave sacudida... Se detiene... Cesa el zumbido del aire en nuestros oídos; nuestros pulmones, libres de la presión, respiran fácilmente...

Hasta los últimos peldaños de una es- *

calera de piedra, abovedada y sombría, desciende para recibirnos un monje de negros hábitos y sonrosado semblante. Nos saluda con una amable sonrisa, y con grata conversación a media voz, y andar pausado, nos conduce por una galería de pétreos muros que encierran un profundo silencio, sólo turbado por el taconeo de nuestras pisadas sobre las losas, repetido por el eco harmónicamente. Nuestro guía rebusca entre un manajo de llaves que, al chocar unas contra otras, producen vibrante sonido metálico; elige por fin una; chirría una cerradura; se abre una puerta. El buen benedictino, haciéndose intérprete de esa hospitalidad fraternal que caracteriza a la Orden, y en virtud de la cual el huésped pasa a ser como parte integrante de la Comunidad, me dice con cariño y sencillez: "Esta es su celda, donde podrá sacudirse el polvo del ca-

mino y asearse." Momentos después, un portazo retumba como un estampido de cañón.

Estoy solo. La estancia es amplia, de paredes bien encaladas. Por una ventanuca penetra un rayo de sol y una bocanada de libre viento montañés. El ajuar es modesto, casi mísero, como cuadra a la pobreza de que hacen votos los habitantes del Monasterio. Una cama sencilla, pero pulcra; un tosco crucifijo en su cabecera; un sencillo lavabo de trípode; sobre él, un diminuto espejo de superficie ondulante; unas cuantas sillas de paja, un tanto deterioradas, y delante de una antigua mesa de nogal, un sillón de cuero que invita amablemente al descanso del cuerpo, al mismo tiempo que conduce al espíritu a la meditación serena, en este ambiente apacible que produce la sensación de que nada existe más allá

de estos muros de piedra; de que ellos ponen fin a la vida del mundo. ¡Honores, riquezas!, fuera se quedan; aquí se detienen, se borran, desaparecen. Sólo una cosa persiste: la pureza del espíritu, la inteligencia, que entre los humanos es el único valor personal que vive y perdura a través de los tiempos. La ansiada paz del espíritu encuentra entre estas paredes su refugio adecuado. El cerebro puede pensar libremente, sin que a cada instante le soliciten y distraigan impresiones diversas. El alma medita, y medita y se eleva sobre sus propios medios. En este recinto, uno parece adquirir el concepto de sí mismo; el ente moral se delinea; la persona se individualiza y deja de ser el confuso conglomerado de ideas y sentimientos que de continuo nos envuelven. El alma se reconcentra en su intimidad, pero si por acaso acude al

exterior, es para volar sobre las debilidades y pasiones del bajo mundo... No se oye nada. Digo mal; hasta la celda llegan vagos rumores de cánticos místicos...

Pero mi impaciencia por admirar el célebre claustro no me deja seguir soñando despierto. Y salgo, y al asomarme al pretil de uno de sus arcos, mis ojos descubren un cuadro hondamente poético.

Arriba, recortado por el rojo de los tejados, un perfecto cuadrado de cielo azul puro que, con su transparencia, parece permitir acercarse a los misterios del universo. Abajo, en el centro, un surtidor que en constante y alegre cántico, deja caer las perlas de sus gotas a un tazón donde se mecen verdes y planas plantas acuáticas, y sobre cuyo espejo se contemplan, orgullosos los severos arcos de medio pun-

to de estilo románico-bizantino, sostenidos por dobles columnas rematadas en notables capiteles; arcos que, alineados en dos pisos, forman los cuatro lados de este patio incomparable. Fuente murmuradora es esta, donde sacian la sed palomas y golondrinas, y a la que rodean unos estrechos caminitos de tostada arena, festoneados por recortado boj, guardián de un vergel de plantas y flores, que vestidas de vivos colores, se elevan sobre su tallo como homenaje de la naturaleza a este paraíso de arte, creador de dulce emoción estética; a este lugar, que por su poesía y misterio, atrae y subyuga...

De pronto se abre una puerta del claustro bajo. Por ella aparecen unos niños y unos monjes. Es la procesión claustral que todos los domingos y días festivos tiene lugar en los cenobios benedictinos. Preceden los niños de la

escuela, que pulcros y endomingados, van formados con su cruz y dirigidos por su maestro. En pos de ellos, abre paso a la Comunidad el acólito turiferario, perfumando con acompasado balancear del simbólico incensario, las galerías por donde sigue la falange de monjes, en pausada fila de dos en dos. Visten negro y amplio hábito; su cabeza desaparece bajo la "capilla" o capucha, y las manos, en actitud de orar, surgen de anchas y largas mangas, recogidas en hieráticos pliegues. Entre acólitos, con luces encendidas, surge, refulgente, la cruz procesional, que lleva el Subdiacono de la Misa. Terminan las filas de monjes con los Ministros sagrados, y al fin de todos, la figura venerable del Abad mitrado, cierra el religioso cortejo. Este se detiene en "estación" piadosa ante la antiquísima imagen de María, en ingente piedra cince-

lada, que en un ala del Claustro preside, o ante la estatua severa del Patriarca Benito, o la tumba gloriosa de Santo Domingo. Durante el religioso acto, todos a una, traducen la oración litúrgica, que la solemnidad del día les inspira, en divinales gregorianas melodías. Cántico profundo de suaves voces, que contestan, ya veladas, los muros. Sublime oración musical que conmueve el espíritu y parece arrancar el alma para llevarla a regiones de paz y sosiego. Canto gregoriano que esta Comunidad conserva como preciada reliquia, que ha de servir de centro para irradiar sus delicadas melodías. Paulatinamente, el tono de las voces se va apagando. Poco a poco, la procesión entra en la iglesia. Ya no se oye más que un tenue murmullo que se envuelve y se confunde con los arpegios del órgano del templo...

Cuando mi imaginación se recrea con el recuerdo de esta bella escena, veo que se acerca hacia mí un monje de semblante placentero y mirada penetrante. Me dicen que es el Padre Ramiro de Pinedo. Este nombre hace acudir a mi cerebro algunos datos de su vida, que conozco. No hace muchos años era un muchacho de la buena sociedad bilbaína. Con esto queda dicho que disponía de elementos para pasarlo bien en este pícaro mundo, y es lo cierto que se aprovechaba de ellos espléndidamente; gustaba de "mortificar" el cuerpo en los típicos "chacolis" vizcaínos; aficionado a toda clase de deportes, era un balandrista experto; tal vez fuera protagonista afortunado de aventuras galantes. La suerte le sonreía; la vida le envolvía en su torbellino...

El buen Padre Pinedo, que ha hecho de este maravilloso claustro un análi-

sis detenido, estudiando arco por arco y piedra por piedra, empieza a describir con entusiasmo esta obra de arte. Desde sus primeras palabras se descubre, a través de la rudeza vizcaína, un sutil ingenio y la exquisita sociabilidad de un hombre de mundo.

Con correcta dicción nos habla del rey Recaredo, a cuyo monarca atribuyen algunos la fundación del Monasterio; de que ya en el año 919 le habitaban unos monjes benedictinos; de la célebre iglesia que, dedicada a San Sebastián, existía adosada al claustro. Pero sus palabras adquieren una mayor viveza y emoción al evocar la memoria del Abad Santo Domingo, que en el año 1041 regentó la Orden y dirigió la construcción de este claustro que hoy admiran los aficionados al arte del mundo entero; y aquí su entusiasmo se desborda y nos dice que los sesenta arcos de

medio punto, bajos y estrechos, correspondientes catorce a cada galería oriental y occidental y diez y seis a las del Norte y Mediodía, son de creación exclusiva de nuestra patria, sin reminiscencia alguna del arte francés, como algunos quieren advertir. En este incomparable claustro románico se aprecia, sí, la influencia de la fantasía oriental, como lo demuestran las figuras, que conservan la frescura de la flúida imaginación de estos pueblos, adaptándose las teogonías orientales a las alegorías morales, versículos de los salmos que en los capiteles toman forma plástica; y más especialmente se puede observar en la obra reminiscencia musulmana, por haber intervenido, sin duda, en su construcción artistas árabes. Elogia, por último, la labor llevada a cabo por el reverendo Padre D. Ildefonso Gué-

pin, que ya casi en nuestros días (1880) procede a la restauración.

Yo oía embelesado la lección del culto benedictino, pero hacía tiempo que una idea daba vueltas en mi cerebro, y terminé por "soltarla", traducida en estas palabras que, no obstante haberlas pensado tanto, tenían la impulsabilidad de un disparo.

—Y diga, padre, ¿qué inclinó su ánimo para abrazar la profesión monástica?

El monje, un tanto sorprendido por la pregunta, y después de corto silencio, responde:

—La voluntad de Dios. Verá: yo vine aquí de simple turista. Gustaba de recorrer tierras y me deleitaba la contemplación de las obras de arte. Me acuciaba el deseo de conocer este claustro sorprendente. Llegué en un día, como hoy, de sol, de paz en los espíritus,

de tranquilidad en la Naturaleza. Hice noche en este convento para poder admirar con más detenimiento las bellezas que encierra. Este silencio misterioso aquietaba mi ánimo febril. Llegó a serme grato este aislamiento del mundo; oí en estas naves el eco del canto gregoriano; me dominaba este ambiente sereno que me descubrió una nueva existencia de goces inefables; una vida espiritual, apacible, radiante... y me quedé aquí un día y otro y otro...

Y, tras breve pausa, al mismo tiempo que señalaba el apoyo de un arco, continuó tranquilamente. Este capitel es un prodigio: en él está unido a un gran sentimiento artístico, una perfección de dibujo y una exquisitez simbólica que emociona. Hace ver la elegancia con que se verifica la transformación de la línea; belleza característica que se observa en todos los del claustro. Interpreta la sig-

nificación de las dos arpías con los cuerpos vueltos graciosamente, que dejan escapar de sus bocas unas serpientes y sus pies son unguilados, como los de los ciervos. Toda la obra es elegante y delicada. Los moros labraron estos capiteles, no a la manera de los escultores en piedra, sino como los repujadores de metales y los pulidores de marfil.

Nuestro guía hace que fijemos la atención en un fuste y un capitel visigótico, que como verdadera reliquia se conserva en el ala Norte; en los ocho bajorrelieves tolosanos adosados al muro, en los ángulos de las galerías; en el artesonado también de gusto musulmán, y con lindas pinturas del siglo XV, entre las que se destaca, por su originalidad, el gráfico de una corrida de toros, primer dibujo de este asunto que se conserva en España... y en tantas y tantas manifes-

faciones artísticas, como en este claustro son dignas de admiración.

Toda la explicación del simpático fraile, demuestra la paciencia meticulosa del estudio realizado—paciencia de “benedictino”—y da fe de sus extraordinarios conocimientos para interpretar los más complicados símbolos, traducir las combinaciones geométricas más cabalísticas y leer los caracteres más intrincados y difíciles. En esto de bucear en el secreto de los significados mitológicos, puede decirse, según la expresión corriente, aunque para el caso sea poco monacal, que el Padre Pinedo es el “as”.

Pero como “no sólo de arte vive el hombre”, nuestros estómagos desfallecidos pedían con insistencia algo más nutritivo que el alimento espiritual, del que habíamos tomado una buena ración y reclamaban cosa sólida y “tangible”;

¡que le hemos de hacer, es la prosa de la vida!, y nos dirigimos al refectorio.

En un amplio zaguán pavimentado con el clásico guijarro, un monje nos invita a purificar nuestras manos con un lavatorio, requisito previo estatuido para poder comer con la Comunidad, fundado no se sabe si en preceptos higiénicos o en su alto sentido simbólico.

Ya llegan los frailes oscuros, con recogimiento místico. Penetramos silenciosos en el refectorio. Es un salón amplio, lóbrego, sin más caudal de luz que la poca que consigue penetrar por unas pequeñas fenestras abiertas junto al techo, en los altos muros. Empotrados en éstos, unos sencillos bancos, y delante unos largos tableros impregnados de grasa. Cada monje se dirige mecánicamente a su sitio: los forasteros, con algunos que tienen cargo dentro del convento, ocupamos una preferente me-

sa central. Todos permanecemos en pie hasta que, bendecidas las viandas con breve oración, empiezan los legos a servir la comida; una comida sobria, con alguna "ilustración" de manjares más refinados y el inevitable postre de confitería de todos los conventos, para los que nos sentamos invitados.

Reina en la estancia un extraño silencio, sólo turbado por el golpear de los cubiertos sobre las vasijas de barro. Desde un balconcillo o púlpito, adosado a la pared, un novicio lee, con voz gangosa y monótona, relatos de vidas de santos, leyendas bucólicas inocentes, como los cuentos que en nuestra infancia nos deleitaban arrastrando nuestra ingenua imaginación a regiones floridas, puras, santas...

A ellas vuelvo, después de los años, en este momento y he de confesar que me es grato el "retroceso". También el

alma gusta de quitarse años, de sentir la voluptuosidad de creerse infantil, de suponerse en la virginidad espiritual de los primeros años, mancillada, luego, por las turbulencias y embates de la vida...

Formados procesionalmente, recorremos el claustro incendiado por el sol radiante de mediodía, y penetramos en una capillita, en la cual, ante la imagen del Crucificado, la Comunidad ora cortos instantes, en acción de gracia.

Después se concede a los monjes un rato de asueto, que algunos aprovechan para invitarme bondadosamente a una taza de aromático café. Charlamos mucho, mucho, con interesante y amena conversación; y cuando, después de algún tiempo, los monjes marcharon a sus ocupaciones religiosas, yo, reclinado en un sillón, veía cómo mis pensamien-

tos subían enredados en las espirales de humo de mi cigarro.

... ..

Mi imaginación se quedó en suspenso durante largo tiempo. De pronto me acometió una gran impaciencia por marcharme, por huír. Me despedí precipitadamente de aquellos buenos monjes. De mi cerebro no se borraban aquellas palabras del Padre Pinedo, "oí en estas naves el eco del canto gregoriano; me dominaba este ambiente sereno que me descubrió una nueva existencia de goces inefables; una vida espiritual apacible, radiante... y me quedé aquí un día y otro y otro...", y movido como por un resorte, de un salto ganaba el automóvil al mismo tiempo que me apresuraba a decir al chófer: "¡A Madrid!; quiero llegar esta misma noche."

Dieron comienzo unas estrepitosas explosiones del motor, que pronto se con-

EL ALMA DE LA VIEJA CIUDAD

virtieron en sordo zumbido. El automóvil devoraba kilómetros y kilómetros... y allí a lo lejos quedaba silencioso, apacible, el Real Monasterio de Santo Domingo de Silos.

FIN

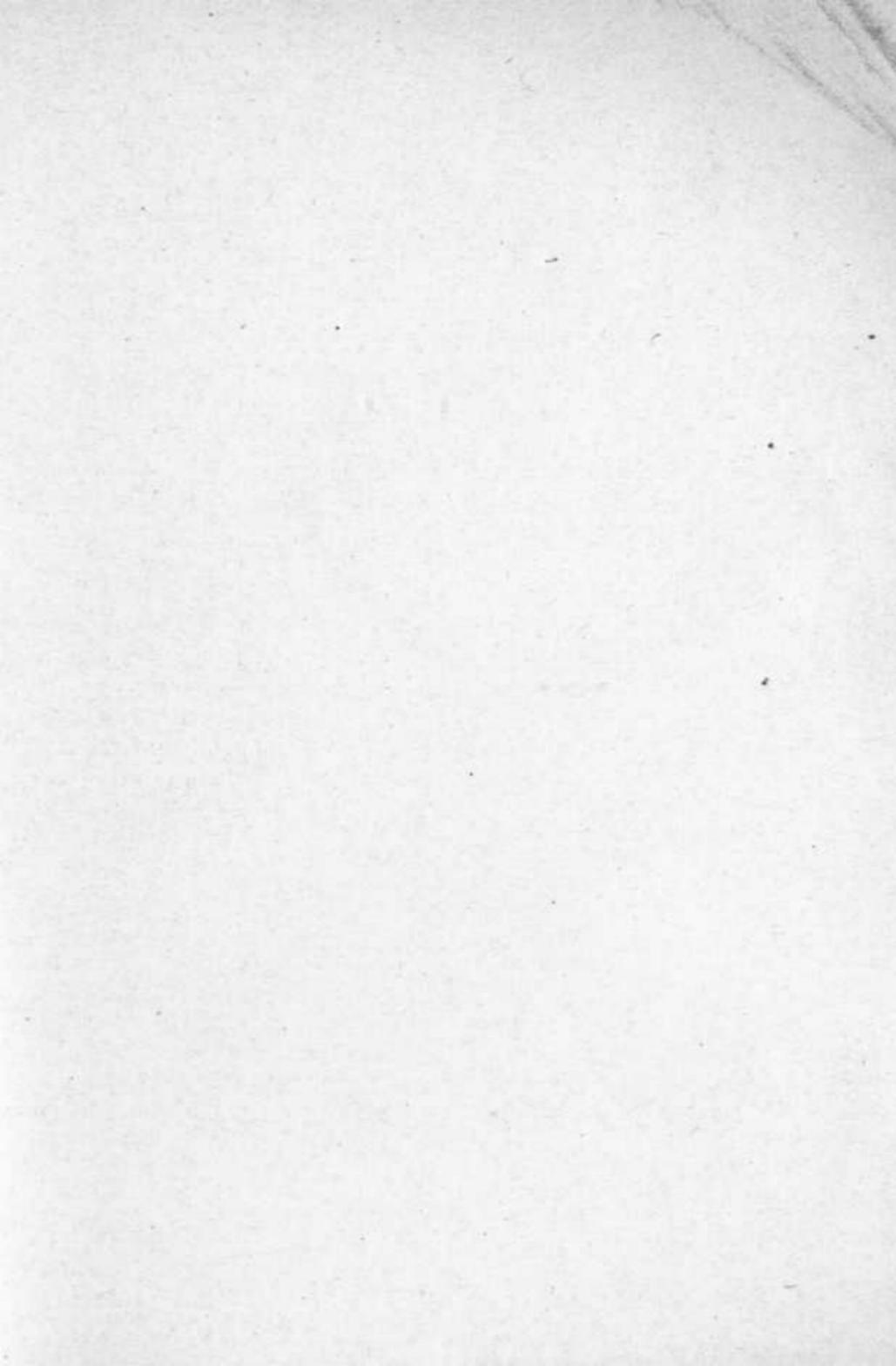


INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------|--------------|
| <i>Dedicatoria</i> | 5 |
| La visión de un profano | 7 |
| Por las alturas..... | 21 |
| Paz y guerra..... | 33 |
| La ciudad dormida..... | 49 |
| El alma del pueblo..... | 59 |
| Lo que nunca muere..... | 69 |
| Ideas blancas y suelo nevado..... | 83 |
| Dulce remanso..... | 97 |
| Castilla en ruinas..... | 113 |
| Canto gregoriano..... | 129 |

15-355

2,500-





Precio: **3,50** ptas.

Imp. y Talleres de Fotograbado
Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)

A. Martínez

del Campo.

EL ALMA

DE

LA VIEJA

CIUDAD

G-8181

1957